61

María Laura Dedé

El Comedor de las Tinieblas

El Comedor de las Tinieblas • María Laura Dedé

Estrada

Azulejos

María Laura Dedé

El Comedor de las Tinieblas

azulejos

Estrada

Azulejos

María Laura Dedé

El Comedor de las Tinieblas

azulejos

Estrada

Azulejos

Editora de la Colección: Karina Echevarría
Editora: Pilar Muñoz Lascano
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Diagramación: Ana Sánchez
Ilustración de tapa: Fernando Falcone
Gerente de Preprensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Dedé, María Laura
El comedor de las tinieblas. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2014.
128 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Roja; 61)

ISBN 978-950-01-1655-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Colección Azulejos - Serie Roja 61

© Editorial Estrada S. A., 2014.
Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.
ISBN 978-950-01-1655-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La autora y la obra

María Laura nació en 1970 en Buenos Aires, ciudad en la que hoy vive. Gracias a su papá, quien cada noche le contaba un nuevo cuento, desde siempre se interesó por los libros. Vivía cantando las canciones de María Elena Walsh y, desde el balcón, contaba historias, cantaba y recitaba poesías a sus vecinos, que después escribía con su máquina Olivetti. A los nueve años publicó su primera poesía en el suplemento para chicos de *La Nación*, donde decía que quería ser escritora.

Estudió Diseño Gráfico y por muchos años trabajó como diseñadora en diversos estudios y agencias de Argentina, España y Alemania. En el año 2003, sin embargo, decidió volver a su pasión y comenzó a dedicar la mayor parte de su tiempo a los libros para niños. Desde entonces publicó más de cincuenta títulos, desde libros para bebés hasta novelas juveniles. Muchas veces también los ilustra y los diseña.

Escribió *Magia de Al-Muhadá, ¿REY?, El Capitán Smack, Brujicuentos, Nene Rey y Poemas con trompa y pico*, entre otros. Escribió e ilustró libros como *Pez ¿qué ves?, Nubifuz* y *El bosque no se vende*. Como creadora integral se destacan *Soy azul, El semáforo loco* (que también tiene un juego virtual), *Alboroto en la granja, La naranja Maga, Tres peces verdes* y los cuentos interactivos *Alicia en el país de las maravillas, Robin Hood, Peter Pan* y *Blancanieves*.

Además ha recibido reconocimientos por sus novelas. *El capitán Smack* fue finalista en el Concurso Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2009, y su novela *Magia de Al-Muhadá* recibió una Mención de Honor en el Concurso Internacional "Los niños del Mercosur", de la editorial Comunicarte, en 2011.

También creó y sigue creando juegos de mesa y digitales (algunos de ellos, personalizados), da talleres en escuelas de todo el país y presenta muchas de sus obras con títeres y narraciones.

La obra

La novela

La novela es un texto narrativo y literario. Pertenece al discurso literario por su naturaleza ficcional y porque su finalidad es primordialmente estética.

Es una narración porque en ella se suceden acciones protagonizadas por personajes. Estas acciones pueden ser de dos tipos. Las acciones principales o núcleos son las que no pueden suprimirse sin que se altere la historia. Estos núcleos se encadenan entre sí por una relación de causa-consecuencia, son momentos de riesgo en el relato porque conllevan la elección de un camino y sus resultados. Las acciones principales encadenadas constituyen una secuencia. Las acciones secundarias tienen como función acompañar a las principales o bien permitir que se lleven a cabo.

Los sucesos se desarrollan en un tiempo y un espacio determinado, a este conjunto de circunstancias se lo denomina marco.

Para construir el relato, el autor de la novela realiza elecciones: elige un narrador, una organización temporal y un ritmo narrativo que determinan el modo en que se dan a conocer los hechos.

El narrador puede participar de la historia y referirse a los sucesos en primera persona gramatical, o bien narrar lo que les acontece a otros desde una tercera persona. Pero además de contar, el narrador hace comentarios sobre lo que cuenta o sobre la conducta de los protagonistas, y también describe espacios y personajes.

Los hechos pueden ser relatados en orden cronológico, es decir, contar un hecho tras otro según se suceden en el tiempo, o bien pueden ser narrados sin respetar ese orden, por ejemplo, anticipar un hecho que se narrará en detalle más adelante o ir hacia atrás y contar hechos pasados en relación con el momento en el que se encuentra la historia.

Las elecciones tomadas en relación al ritmo del relato aportan sentido a la historia. Entre los recursos posibles se encuentran contar los hechos con la duración de lo real, como si se tratara de una escena desarrollándose ante el lector; interrumpir el relato de los hechos principales, es decir, hacer una

pausa en la narración para describir un espacio o un personaje o hacer un comentario; y condensar el tiempo y avanzar la historia en pocas líneas a modo de resumen.

La lectura de una novela produce en el lector efectos: sorpresa, tristeza, risa, angustia, miedo, etc. Estos se generan a partir de cómo cada lector pone en contacto su propio mundo con el mundo de ficción que construye la novela.

El cuento y la novela de terror

Las características mencionadas para la novela son también propias del cuento, entonces ¿en qué se distingue un cuento de una novela? La principal diferencia es la extensión. Si bien es verdad que hay cuentos largos y *nouvelles* o novelas cortas, una novela suele tener una extensión que permite desarrollar historias que abarcan largos períodos de tiempo, instalan más de un conflicto o incluyen un mayor número de personajes. Es por la extensión que resulta difícil leer una novela de una sola vez, como sí hacemos con los cuentos.

Entre los diversos tipos de cuentos se encuentra el fantástico. Es un relato breve que transcurre en un mundo muy parecido al real, pero en el que irrumpe un hecho sobrenatural o inexplicable que hace vacilar al personaje y al lector, y genera desconcierto. El cuento fantástico de terror se caracteriza también por transcurrir en un espacio semejante al de la vida cotidiana, pero los sucesos extraños que irrumpen producen miedo o terror.

Así como hay distintos tipos de cuentos hay también diversos tipos de novelas. Las hay policiales, de ciencia ficción, de aventuras, de iniciación. Entre estos tipos existe uno que suele llamarse novela de terror. Este subgénero tiene sus orígenes en las novelas góticas de finales del siglo XVIII, cuando algunos escritores europeos comenzaron a interesarse por las supersticiones, las historias populares de vampiros y las leyendas de "no muertos", así como también por ambientes lúgubres y decadentes como castillos solitarios y cementerios abandonados o poblados de fantasmas. Estos relatos tienen su exponente más reconocido en *Drácula*, la novela sobre el vampiro más famoso de la literatura que el escritor irlandés Bram Stoker publicó en 1897.

Los relatos de terror de los siglos XX y XXI transcurren muchas veces en la sociedad contemporánea, pero comparten con estas novelas góticas los recursos y algunos personajes que producen miedo, como fantasmas, vampiros, zombis o esqueletos. Y mantienen la sensación que puede experimentar cualquier persona ante lo desconocido, lo inexplicable, lo terrorífico o lo pavoroso.

María Laura Dedé

El Comedor de las Tinieblas

A la gente del Comedor,
por haberme invitado a su mesa.

A mis hijas, por su apoyo.

A Franco.

1 | No la busqué y la vi

Me presento: soy Washington Patch, y aunque mi nombre parezca inglés, soy más uruguayo que un chivito.

Sin embargo, esta historia que estoy a punto de contarte no empieza en Uruguay, sino en España, una tarde de carnaval, tres días antes de que terminara mi viaje. A mi viaje por Europa, me refiero, por donde ya estaba dando vueltas desde diciembre para festejar que por fin había terminado los cinco benditos años del secundario.

Aunque es una verdad mundial que el carnaval uruguayo se lleva todos los premios, debo admitir que las comparsas de ese pueblito catalán me sorprendieron bastante. Una comitiva real con trovadores y pajes, otra de chicos disfrazados de hamburguesas, viejos en pañales, extraterrestres... de todo. ¡Ah! también había *castellers*, que son esos tipos que se suben unos arriba de otros y arman torres humanas más altas que no sé qué. "Todo el año tendría que ser carnaval", pensé, "y más cuando uno tiene no solo un padre sino también una madre, que quieren obligarlo a seguir la Universidad".

En eso andaba —pensando en eso, digo— cuando la vi. Yo estaba asomado en la vereda, como todos los demás, viendo pasar las comparsas, cuando noté que una chica venía en dirección hacia mí. Directo.

O eso pensé, porque era linda. Yo me imaginé que se acercaba y me decía: "Washington Patch, al fin te encuentro, he venido a buscarte de tan lejos"... pero pasó de largo. Me miró, eso sí. Ahí vi sus ojos verde mar —aunque el mar casi nunca es verde, al menos en Uruguay— y sentí un cosquilleo tan fuerte que tuve el impulso de seguirla.

Con movimientos veloces fui esquivando a la gente que se interponía entre nosotros. Habría saltado la Muralla China, si hubiera estado en la China. Pero no, estaba ahí, en España, en el siglo veintiuno, en plena realidad, y con solo cruzar la plaza y hacer una o dos cuadras más, ya estuve bastante cerca. Era pelirroja tirando a rubia. O rubia tirando a pelirroja, que es casi lo mismo, bah.

A esa altura, en la calle había menos gente. Entonces vi que ahí mismo, a mitad de cuadra, se detenía, se agachaba y entraba por debajo de una persiana roja, llena de grafitis, que estaba a medio cerrar.

2 | La busqué y no la vi

Era viernes y mi avión despegaba el domingo. En Montevideo me esperaban mis hermanos, mi mamá, mi papá y la famosa Universidad. Me había anotado en Medicina, para colmo, la carrera más difícil de la historia. Mi papá era chapado a la antigua y le pegaba eso de "mi hijo el doctor", que es una frase que decían los inmigrantes hace ya como cien años. Ellos sí eran los dos doctores —él, cirujano y ella traumatóloga— y, según él, con mis hermanos no habían tenido suerte: mi hermana era maestra jardinera y los otros dos estaban estudiando otras carreras. ¿Cómo confesarle que yo no quería seguir Medicina? A mí lo que me gustaba era ir a bailar, estar con amigos, dormir. No es por mandarme la parte, pero solían invitarme a fiestas. También me gustaba inventar tragos. Sin alcohol, la mayoría, porque aprendí desde chico. Todos decían que me quedaban riquísimos. Además sabía un par de trucos con la coctelera que me había enseñado el amigo de uno de mis hermanos, y eran furor.

La cosa es que cuando volviera a Montevideo tendría que ir cerrando la etapa de las fiestas y abriendo la de los libros, por no decir también la de abrir ranas y otras cosas que no quiero ni imaginarme.

Ese viernes me fui a pasear por Castelldefels para despejarme un poco y de paso conocerlo más. Fui del centro a la

playa y de la playa hasta el camping de las montañas, que era el límite. Fue hermoso el paseo, la verdad, porque aunque me encanten las fiestas, tampoco tengo problema en estar solo, y menos en la naturaleza: siempre fui así. Igual, durante el viaje no siempre había estado solo: en Francia e Italia había estado con Pedro, un amigo argentino un poco más grande que yo, que trabaja para Greenpeace. Lo conocí un verano, años atrás, cuando él se había ido de vacaciones con sus padres a Uruguay. Desde entonces, las dos familias éramos muy amigas y mis padres lo admiraban mucho, por su trabajo. Ahora yo le cuidaba el departamento de Castelldefels mientras él estaba en Holanda defendiendo a las abejas del abuso de pesticidas.

Así que ese viernes caminé todo el día y, casi sin darme cuenta, pasé por la persiana roja. Cinco veces pasé: las cinco estuvo cerrada. No me había olvidado de la chica.

Cuando llegué a lo de Pedro, puse la canción de Bob Marley "Is this love" y empecé a todo lo que da:

Is this love - is this love - is this love -
is this love that I 'm feelin'?
I wanna know - wanna know - wanna know now!
I got to know - got to know - got to know now!

Después subí el videíto a mi muro. Tuve como cincuenta *likes* y dos compartidos, y eso me hizo sentir acompañado.

El día siguiente, el sábado, era mi último día antes de volver, así que decidí ir a Barcelona para cambiar de aire y ver si podía mentalizarme para el regreso. Pensé en ir al zoológico, que estaba a veinte minutos de tren.

Camino a la estación no tenía por qué pasar por delante de la persiana... pero ya que estaba, pasé. La persiana estaba baja,

totalmente cerrada. Y pegado con cinta sobre la chapa, vi un cartel que decía:

SE BUSCA EMPLEADO
93 674 73 65

Anoté el número de teléfono en la palma de mi mano y seguí para la estación. No hacía demasiado calor, pero mi mano sudaba. Buscaban empleado en el mismísimo lugar donde había entrado la chica, a dos días de mi regreso... Extendí los dedos, no quería que la tinta se corriera. En la estación había un viejo teléfono público. Miré mi mano: ¿el último era un tres o un cinco? Faltaban veinte minutos para que llegara el tren. Levanté el auricular: funcionaba. No lo dudé más y marqué. Enseguida me atendió una voz de mujer joven. Sin preguntarme nada, me adelantó que el empleo era para hacer tareas varias en un restaurante temático y, para mi sorpresa, me dio cita para esa mismísima noche. Colgué.

Pero... ¿por qué había aceptado ir, si al día siguiente volvería a Montevideo? Si pensaba un minuto, sacaba una única conclusión: fantaseaba con quedarme, y eso era evadir alevosamente mis responsabilidades de hijo, o del adulto que estaba empezando a ser. Pero preferí no pensar... o dejar que los monos decidieran por mí.

"Si en los próximos veinte segundos este monito titi se rasca la cabeza, a la noche voy a la cita del restaurante. Si no, no", me dije frente a la primera jaula de monos que vi cuando llegué al zoológico. El primate no se rascó la cabeza, pero sí el

mentón. ¿Qué me habrá querido decir? ¿Qué voy y no voy, al mismo tiempo? Así seguí, de jaula en jaula, hasta que el cielo se nubló de tal forma que decidí emprender la retirada.

Llegué a la estación bajo una cortina de agua. Las ráfagas golpeaban los toldos, los árboles, las baldosas. Oí truenos, vi relámpagos. Subí al tren lo más rápido que pude y miré por la ventanilla. Afuera era todo blanco, todo agua. Blanco como un papel vacío, como el futuro, como mi mente: una mente en blanco que no podía decidir.

Llegué a la estación de Castelldefels justo a la hora de la cita. Si iba al departamento, ya no salía, así que por fin me decidí. "Es preferible arrepentirse de lo que uno hizo, que arrepentirse de lo que uno no tuvo la valentía de hacer". Esa es una de mis frases preferidas; no sé en qué canción la escuché.

Cuando llegué, todo mojado, la persiana ya estaba alta. Era un local con una puerta de vidrio y un cartel que decía:

EL COMEDOR DE LAS TINIEBLAS

Empujé la puerta y cedió.

3 | La vi

Adentro, el lugar estaba muy oscuro. Al cabo de unos segundos, cuando mis ojos se acostumbraron a las sombras, empecé a entender las formas de las cosas. Adiviné un mostrador con banquetas, una caja registradora antigua, vasos, botellas y más allá, contra la pared, me pareció ver un gato. Me sobresalté. El gato no se movía. Sin acercarme demasiado traté de aguzar la vista, y vi que estaba embalsamado, porque estaba duro en cuatro patas, y los gatos vivos no se pueden quedar quietos así mucho tiempo. Lo acaricié. Era negro y lo iluminaba la única luz que había, la que salía de adentro de una vitrina. Dicen que la curiosidad mata al gato, y casi casi, porque yo me acerqué para ver qué tenían esos estantes y me pegué un susto tremendo. Llaveros-diablo, encendedores-tótem, hebillas-colmillo y unos relojes de arena con alas, como las que hay en algunas bóvedas de los cementerios. Eran artesanales, sin duda, pequeñas obras de arte medio deformes a propósito. También vi un cuaderno antiguo. Al lado del cuaderno, una copa de cristal con filigranas doradas. Y una foto muy grande en blanco y negro que mostraba dos hombres bien vestidos y aparentemente europeos y cinco personas más que parecían esclavos. Con todo lo que había visto, ya pude imaginarme cuál era el "tema" de ese restaurante temático. Sonreí otra vez pensando que si quería trabajar ahí iba a

tener que ser valiente. Porque yo no conocía muchos libros de terror, pero sí películas. Había visto *Martes 13, Carrie, El exorcista, El orfanato* y *Sé lo que hicieron el verano pasado*: la uno, la dos y la tres. Y la verdad es que ahí me sentía adentro de una de terror en serio.

Para colmo, de repente, sobre la barra, vi una mano. ¡Parecía tan real! Me desafié a tocarla y me gané (es decir que la toqué). ¿Era de piel humana? Me redoblé la apuesta y la levanté para sopesarla, pero justo ahí escuché unos pasos y la mano se me resbaló, se cayó al piso y se rompió. Justo en ese momento tosí para que no se escuchara el ruido.

Los pasos eran de alguien que venía del extremo opuesto de la sala. Llevaba un candelabro encendido y una túnica con capucha le ocultaba casi todo el cuerpo menos la cara y sus manos, coloreadas por las llamas de las velas, con dedos torcidos y los nudillos enormes. Tenía el pelo blanco y desprolijo, y el ceño fruncido. Por su gesto, cualquiera habría dicho que le habían caído mal los últimos diez o veinte años de su vida.

—¿Washington?

—Sí, señor —respondí, preocupado porque no se diera cuenta de que había roto la mano. Me dio un frío de repente.

—Me dijeron que vendrías. ¿Eres extranjero? —me preguntó mientras apoyaba el candelabro sobre la barra, muy cerca de mí, y me miraba con ojos minúsculos.

Me puse todavía más nervioso. Le dije que era uruguayo, que había ido a recorrer Europa y que estaba parando en un departamento prestado. Que ya tenía la vuelta programada, pero que todavía tenía ganas de quedarme un tiempo antes de empezar la Universidad. Pero se lo dije tan rápido que el

hombre sonrió, y esa sonrisa, pienso ahora, iba a ser la única que le vería a lo largo de la historia.

—¿No tienes familia aquí? —me preguntó, divertido.

—No.

—Estás contratado —me dijo entonces—. Puedes comenzar ahora mismo. Le pediré a Vannia que te preste ropa seca y te explique lo que hay que hacer.

Y se fue.

Todavía no había podido reaccionar cuando apareció ella: la chica del carnaval.

Tenía el mismo pelo rubio tirando a pelirrojo y los mismos ojos que el jueves.

—Hola, soy Vannia —me dijo, extendiéndome la mano.

—Hola —le respondí—, Washington. (Aunque estaba tan aturdido que no sabía ni quién era).

Vannia detuvo su mirada en mis zapatillas mojadas. No entendí por qué. Supuse que me iba a pedir que me las sacara para no mojar la sala, pero dijo otra cosa:

—Eres el primero al que entrevistan y mira: ya estás contratado.

—Sí, todavía no lo puedo creer...

—¿Eres mayor de edad?

—Tengo dieciocho —le dije.

—Es suficiente —respondió, y me invitó a que nos sentáramos en unos silloncitos de cuero.

—Esto es un restaurante temático —empezó—. Un restaurante de terror. Abrimos todos los días menos los lunes. Para los clientes, la persiana se sube a las nueve, pero tú deberás llegar ocho y treinta para ayudarme a preparar la barra.

Traté de entender lo que vivía: estaba sentado con *ella*, la chica del carnaval, y trabajaríamos juntos. Imaginé que en cualquier momento el corazón me saltaría del pecho y tendría que atraparlo como a un pescado coleando.

—Luego yo voy a cambiarme para subir la persiana y recibir aquí a los comensales —siguió Vannia—, tú vas a la cocina y ayudas a preparar ensaladas.

Preparar ensaladas no me causaba tanta gracia... En casa, en los asados, ponía la mesa o incluso prefería lavar los platos, antes que cortar lechuga. Mientras pensaba esto noté que arriba de la barra había estanterías vacías.

—¿Qué hacen los clientes acá cuando llegan? —pregunté.

—Yo les tomo las reservas que hicieron por teléfono y esperan hasta las diez, que se abre el portón del comedor.

—¿Pueden tomar algo mientras esperan?

—Sí, claro. Gaseosas, aguas saborizadas. Alguna cerveza. Yo se las sirvo.

—¿Y tragos?

—No, tragos no hicimos nunca. El jefe no quiere que la gente se emborrache.

—Yo sé hacer tragos muy buenos —le dije—. Sin alcohol o con muy poco.

Vannia se quedó pensativa.

—Soy el mejor barman de tragos con poco alcohol de Latinoamérica —insistí.

Vannia sonrió.

—Debería preguntarle al jefe. Tendríamos que comprar los ingredientes...

—Podría hacerte una lista.

Esa idea me entusiasmaba. Ya estaba empezando a imaginarme los titulares: "El mejor barman de tragos sin alcohol de Latinoamérica hace furor en España. Jóvenes de todo el mundo acampan en la puerta del Comedor de las Tinieblas para probarlos."

Vannia siguió con la explicación.

—A las diez en punto llegará el "Anfitrión de las Tinieblas", que es el jefe disfrazado, y hará pasar a la gente al comedor propiamente dicho, que está detrás del portón aquel de madera. El de la ventanita, ¿lo ves? Generalmente los clientes vienen en grupo para festejar cumpleaños o despedidas de soltero. Mientras que Lugh, el jefe, va ubicando a todos en el comedor, yo bajo la persiana y vamos a los camarines a cambiarnos para el show que damos siempre entre el plato caliente y el postre. Tú también tendrás que actuar algunas noches. Es una de las tareas.

—¡Pero yo no soy actor!

—¿No eras el mejor actor de Latinoamérica? —se burló.

Pero notó mi incomodidad y fue más dulce:

—Es fácil, Washington. No son grandes papeles, solo un poco de improvisación, ir jugando con el público. Solo debes seguirme. ¿Crees que podrás?

La seguía hasta el fin del mundo.

—Dice Lugh que empezarías hoy —volvió a su tono escolar—. Es una noche ideal para practicar, por la tormenta se anularon varias reservas y habrá pocos clientes. ¿De acuerdo?

Creo que ahí por primera vez me miró de cuerpo entero.

—¡Pero si estás temblando, hombre!... ¡Estás todo empapado! Ven que te daré ropa seca.

La seguí, claro, aunque por ahora, más cerca que al fin del mundo. Entramos por el pasillo. La primera puerta no, la segunda. Era el camarín, tenía las paredes cubiertas por espejos y un perchero que rebasaba de ropa.

Me ofreció un pantalón negro y una remera de manga larga. Bastante raídos, pero secos.

—Te espero afuera —me dijo, cerró la puerta y se fue.

Me cambié y me miré en uno de los espejos. No me reconocía. Mis rulos todavía planchados por la lluvia, la ropa ajena y ese lugar turbio que me estaba ofreciendo algo. Me invadió un vértigo, de repente. ¿Qué estaba haciendo? Si me viera mi vieja... "Barman, ma, voy a ser barman...". "Sí, hijo, pero cuidate... es gente muy rara...". "Igual es una prueba, nomás", pensé. "Y quizás hasta tenga que cortar lechuga y no me guste y quiera volver a casa. Todavía estás a tiempo, mañana armás la valija", me dije. "Además no sabés actuar, Wash... Apenas vean cómo actuás te ponen de patitas en la calle". Me reí solo.

Colgué mi ropa en una percha y, con el envión de otro suspiro, salté al pasillo. Vannia no estaba. Volviendo a la sala de la barra, pasé por la primera puerta y entré. Era la cocina.

Un hombre lavaba platos y dos más, disfrazados de guerreros medievales, ponían copas en bandejas.

—Hola, soy Wash, el nuevo empleado...

Pero ellos, nada.

—¿Vieron a Vannia, por casualidad?

Uno de ellos negó con la cabeza; los otros parecían no haberme escuchado.

4 | Primera noche

En la sala de la barra encontré a Vannia poniendo velas en candelabros. De fondo se oía una música lúgubre, cargada de efectos especiales. Cada tanto sonaba un trueno o una risa escalofriante.

Vannia me mostró dónde estaban las cosas. Me abrió las dos "neveras" que estaban ocultas por la mesada y tenían las cervezas, las gaseosas y las aguas saborizadas. Me mostró los vasos, el limón, los sorbetes y las cucharitas. Y cuando ella fue a acomodar una armadura que había, yo aproveché para tirar los pedazos de la mano rota, que después supe que era un caramelero.

—Lugh no puede explicarte ahora lo de las ensaladas, así que me dijo que por ahora estés conmigo y que mañana veremos.

Qué suerte tenía, pensé. Quedarme empezaba a ser tan tentador... Cuando todo estuvo preparado, la seguí de nuevo al camarín. Allí me presentó a Rodo.

—Hola, soy Washington —le dije.

El tipo se me quedó mirando.

—Hola, soy Washington, el nuevo empleado —repetí, simpático.

El actor me miró más fijo, todavía, pero no respondió.

—Se llama Rodo —Vannia interrumpió nuestro jugoso intercambio—. Ya se entenderán.

Pero yo, a ese comentario lo tomé con cautela, porque la verdad es que no sabía cómo podría entenderme con una pared-persona.

—Ya irás entendiéndote con todos... Además Rodo es actor.

—¿En serio, Rodo? —le pregunté.

Rodo no dijo nada.

Por ser actor es bastante poco expresivo, pensé. Aunque también era cierto que podría estar practicando un personaje.

Rodo tenía un disfraz gris. Su piel parecía sucia, pero no olía mal. Tampoco bien: no olía. Por otra parte, la peluca que se había puesto era muy real. Parecían sus propias mechas pero dejadas a la intemperie, bajo el estrago de las inclemencias del tiempo y del espacio por tres siglos, por lo menos. Sin champú ni desenredante. El hombre se mantenía de pie, con la vista enganchada en alguna de las cosas de la pared, indiferente a nuestro ir y venir en preparativos.

Vannia revisó el perchero. Había disfraces de todo tipo: trajes medievales de hombre y de mujer, vestidos al estilo Luis XVI, de gnomos, y de brujas y brujos de diferente grupo y factor. Los accesorios estaban acomodados en interminables estantes que iban de pared a pared, todos ordenados por personaje.

—Esto te quedará bien —afirmó, ofreciéndome un uniforme militar bastante despeluzado.

Efectivamente, era mi talle. Cuando salí del vestidor que había adentro del camarín, vi que Vannia ya estaba disfrazada. ¿Se había desvestido adelante de Rodo? A Rodo parecía no haberle conmocionado en lo más mínimo. "Quizás ya estaba acostumbrado", pensé, "los actores son así, no les importa".

Ella estaba de soldado, como yo. Llevaba un pantalón de guerra y una camisa atada por adelante con un nudo que le dejaba la panza al descubierto.

—Te veo en la barra —me dijo, porque yo le había pedido ir al baño, que estaba al lado del camarín.

Cuando llegué, Vannia había subido la persiana roja y ya atendía a una pareja. La vi en acción: tomó la reserva, les abrió dos gaseosas, se las cobró y les hizo un par de chistes que no entendí, pero ellos sí se rieron. Traté de calcular su edad: tendría veintiuno o veintidós. Veintitrés, a lo sumo.

A las diez de la noche sonó un trueno y dos mozos abrieron las puertas del comedor. Entonces, por el pasillo apareció Lugh disfrazado como "El Anfitrión" con la piel verde, un manto enredado al cuerpo y lentes de contacto blancos. Asustando a la gente por la espalda, ubicaba a cada grupo en su mesa correspondiente. Una vez que la sala de la barra se vació, los mozos cerraron otra vez las grandes puertas, Vannia bajó la persiana roja y volvimos juntos al camarín.

—Hoy no actuarás —anunció, mientras bajaba del perchero otro disfraz—. Pero puedes mirar desde la entrada de servicio del comedor, que está al final del pasillo.

Vannia era toda una profesional. Empezaba a admirarla. Se movía como en su casa, conocía los tiempos de cada etapa, lo que había que hacer y lo que no. Y lo decía con precisión absoluta y una frialdad que hasta casi me ponía un poco nervioso.

Le hice caso, por supuesto, y fui a ubicarme en la entrada de servicio del comedor. Ahí me topé con los mozos, que volvían con platos. El pasillo era angosto y me choqué con los dos, uno tras otro. Les pedí disculpas pero ellos no me

respondieron, porque desde la cocina se oyó la voz crujiente de Lugh y ellos fueron corriendo para ver qué necesitaba.

Volví al camarín porque me di cuenta de que todavía era temprano para quedarme allí.

Vannia, frente a uno de los espejos, se daba los últimos toques al maquillaje.

—¿Ya sacaron el primer plato? —me preguntó.

Se había vestido de bruja; de una bruja fascinantemente repulsiva.

—Están en eso —le dije, buscando sus ojos. Noté que ella también se quedó unos segundos colgada de mi reflejo. Se me vino a la mente el tema de Kapanga, ese que dice:

Me traes de la cabeza,
me llevas de la nariz,
me tienes loco re loco,
muy loco pero feliz,
me tienes, me tienes atrapado
mani, mani, mani, maniatado,
me mata, me mata, me mata
me mata tu mirada,
me mata...

Así estaba yo, muerto remuerto, cuando Lugh pasó por la puerta y nos vio. Con un grito seco, a ella la mandó a apostarse en la entrada del comedor y a mí me dio una tarea:

—Llena con sal este cuenco —me ordenó—. Y déjalo en la cocina.

No me gusta que me mandoneen, pero había algo en él que me inspiraba respeto, por no decir truculencia. El cuenco era de barro y tenía bajorrelieves de seres mitad hombre, mitad

gato. Vi que Lugh estaba listo, disfrazado de Gran Brujo, como supe después. Tenía la cara pintada de rojo, y una peluca larga y renegrida bajaba como una vieja telaraña por sus hombros. Hice lo que me había ordenado: fui a la barra, puse sal en el cuenco y la llevé a la cocina.

En la cocina había dos equipos de trabajo. Un grupo eran el lavaplatos Ahmir y uno de los mozos (me di cuenta por el disfraz): Ahmir lavaba los platos mientras el mozo los secaba. El otro equipo eran el otro mozo y el cocinero: desde adentro de una heladera gigante, el mozo le iba pasando flanes al cocinero, quien los ordenaba sobre la mesada, formando filas y columnas cien por ciento equidistantes.

—Buenas... —saludé, después de haberlos mirado un rato.

Nadie respondió. Nadie se dio vuelta siquiera para mirarme.

—Bueno, dejo este tazón acá, arriba de la alacenaaaa.

Ya me habían dicho que los catalanes eran fríos, pero no maleducados.

—Me lo pidió Lugh —dije.

Ahí sí que todos se dieron vuelta: dejaron lo que estaban haciendo y me miraron. Los cuatro.

—Déjala aquí —me dijo el cocinero señalándome un espacio libre en la mesa—. Nosotros nos encargamos.

El diálogo se agotó ahí, porque escuché unos gritos que venían del comedor. Me despedí (no sé para qué, total no me contestaban), corrí por el pasillo, llegué hasta la entrada de servicio del comedor, y desde ahí me asomé.

Eran Vannia y Rodo, los pequeños esbirros del Gran Brujo, que ya habían empezado la actuación. Iban de mesa en mesa, asustando. Vannia adelante y Rodo atrás; brincaban, se

arrastraban y se reían con perfidia. Los gritos eran de susto, de risa, de espanto, de regocijo. De ellos, pero también de los clientes.

Lugh observaba todo desde un trono hecho de pieles que había en el centro del salón. Sobre el pecho llevaba collares con mandíbulas de pescado y se había remarcado con crayón negro los abdominales, o lo que quedaba de ellos. Sostenía un bastón de madera.

De repente, los brujitos que iban de mesa en mesa eligieron a una chica y la llevaron ante el Gran Brujo. Ella estaba casi llorando de risa.

Ahí, Lugh se paró y golpeó tres veces el suelo con el bastón.

Después, uno de los mozos pasó por al lado mío, entró al comedor y le dio el cuenco al Gran Brujo, quien le tiró algunos puñados de sal a la chica mientras decía una especie de conjuro. Era muy divertido ver cómo la chica se sugestionaba.

Enseguida la metieron en un ataúd que había contra una pared.

Se apagó la luz y todo el mundo aplaudió. El comedor estuvo a oscuras unos largos segundos y cuando las luces volvieron a encenderse, la chica ya estaba sentada de nuevo en su mesa, riendo con sus amigos. Y los mozos, llevando el postre.

Volví al camarín, lleno de asombro y de gozo. Atrás de mí llegaron Vannia y Rodo.

—¡Impresionante! ¡Estuvo increíble! ¡Los mejores brujos de la historia! —los alenté, y fui sincero.

Sin mirarme, Rodo fue hacia los percheros. Vannia, en cambio, me sonrió, y sus grandes dientes blancos le brillaron como una fila de lunas.

Le devolví la sonrisa. Mi cuerpo, con cada célula, gritaba: "¡Sos linda, sos linda, sos linda!", pero el cielo de Vannia se había nublado.

—Lugh te espera en su despacho —me dijo—. Es la tercera puerta, Wash. Yo no puedo acompañarte porque me voy con los mozos a despedir a los clientes.

Me acerqué a la tercera puerta.

—¡Entre! —dijo Lugh cuando golpeé, y las paredes temblaron, porque tenía flor de vozarrón.

Empujé la madera y entré. ¡Qué frío hacía! Me resultó difícil distinguirlo entre la montaña de objetos y chirimbolos: máscaras, bastones, libros, calaveras y pelucas en estantes, sobre el escritorio y colgando de la pared. Muchas cosas, pero todo ordenado. Y detrás de ese exceso, un jardín. Una de las paredes era de vidrio y del otro lado había un invernadero, lleno de plantas. Plantas grandes y chicas, superpuestas, enredadas. Como estaban iluminadas por varios focos de luz, pude verlas a pesar de que era noche.

Lugh escribía con una mano y con la otra tecleaba la calculadora.

—¡Bien! —dijo cuando me vio. Buscó entre las mil cosas que había en su escritorio y levantó una copa que parecía contener vino tinto—. El Comedor tendrá barman —y, con un gesto casi irónico, completó—: No te mueras nunca, *che*.

Yo sonreí para mis adentros. Primero, porque Lugh pensaba que los uruguayos también decimos "che". Segundo, porque iba a ser barman y, tercero, porque era imposible que muriera ahora, justo cuando empezaba a nacer.

5 | Segunda noche

A la mañana siguiente, el domingo, llamé a mi mamá y le conté que había conseguido un trabajo bue-ní-si-mo y que me quedaría un tiempo más. Que no, que no, que por favor no se preocupara porque solo me atrasaría un cuatrimestre. Que en ese trabajo me habían pagado (y me iban a pagar) súper bien y que podría ahorrar mucha plata quedándome un tiempo más. Ella se cayó y se levantó, gritó, lloró, pataleó y casi se saca un pasaje para traerme de los pelos. "Ya hablaré con tu padre, Washington, y ahí sí que te quiero ver", me amenazó como despedida.

Sordo a sus lamentos y ciego de entusiasmo, esa tarde la dediqué a renovarme: llamé a Pedro por teléfono para decirle que me quedaba (él no tenía problema, porque yo le cuidaba el departamento), llené la heladera y me compré un par de zapatillas nuevas, con todo lo que había cobrado, porque tenía un solo par. También había estado pensando en crear algunos tragos acordes al espíritu del restaurante: "Espuma de Trol", "Baba de escuerzo moribundo", "Jugos gástricos de enano" y "Saliva de sapo espolvoreada con lagañitas tití" (ese, en honor al monito del zoológico).

De los nervios, esa segunda noche llegué como media hora más temprano, pero ya estaban todos adentro. "¡Qué empleados!", pensé. La presión que me metían.

Saludé a Vannia con dos besos, uno en cada mejilla, como era costumbre allá. ¡Una costumbre buenísima! Me daba más tiempo para sentirla.

La primera sorpresa de la noche fue que los estantes estaban llenos de bebidas. También había una licuadora.

—¿Pudieron conseguir fruta?

—Toda la que has pedido. Están aquí, en las neveras.

Fue un momento mágico. Mientras ella ponía la música, encendía las luces de la vitrina y las velas de los candelabros, mientras acomodaba el gato, bajaba las banquetas y le pasaba cera a las maderas, yo fui viendo qué ingredientes había para los tragos. Podría hacer los que había pensado y muchos más: Lugh no se había limitado con los gastos.

Fuimos a cambiarnos y volvimos. A las nueve subimos la persiana y esa noche ya pude ayudar a Vannia en la barra. Mientras yo servía las gaseosas, ella cobraba y tomaba las reservas. Más tarde hice un par de licuados, que por suerte gustaron, y después me animé a sacudir un poco la coctelera. Vi que Vannia me miraba.

—Qué bien que Lugh te haya contratado —me susurró de repente.

Me sorprendió sin defensas. Estaba buscando alguna respuesta digna de semejante confesión cuando ella completó la frase riendo:

—¡Así yo trabajo menos!

Por veinte segundos la odié, pero cómo me estaba enamorando.

—Pensé unos tragos —le dije entonces.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Pues qué bien.

—¿Probarías uno?

—Mmm... no sé...

—¡Dale! Te prometo que no te vas a arrepentir.

Al final aceptó. Era un juego: ella tenía que adivinar por lo menos tres de los cinco ingredientes que tenía el trago. Lo probó, tomándose tiempo para degustarlo:

—¿Naranja? —apostó, finalmente.

—No.

—¿Piña?

—No.

—¿Jengibre?

—¡No!

—¿Agua tónica?

—¡Sos de madera! —me reí.

—¿De madera?

—Un desastre, digo.

—Es que nunca bebí estas cosas, nunca habíamos tenido barman.

—¿"*Nunca* habíamos tenido"? ¿Hace mucho que trabajás acá?

—Incluso desde antes de que esto fuera un restaurante. Con decirte que Lugh es un padre para mí...

—Yo diría que más bien tu abuelo —bromeé.

—Depende... —murmuró Vannia.

—¿Depende de qué?

Vannia se quedó pensando.

—Del maquillaje.

En eso, alguien se acercó a pedir un cubata y yo le sugerí, a cambio, una de mis creaciones. El hombre aceptó el cambio, pero se arrepintió cuando le dije que se llamaba "Baba de escuerzo moribundo".

Vannia me defendió.

—Digo yo... —me murmuró al oído—: ¿Para qué vienen al restaurante si no entran en el jueguito?

Yo me reí. Es que el aliento de Vannia me hizo cosquillas en el cuello, justo debajo de la oreja. Sentí que me ponía rojo como una sandía, pero no se notó porque estaba todo oscurísimo.

Iba a aprovechar y decirle algo, no sé, que era tan linda, con su pelo rubio tirando a pelirrojo o pelirrojo tirando a rubio y esos ojos verde mar, en el que yo, aunque fuera pleno invierno, me zambullía de cabeza. Pero no pude, porque Lugh nos vio, la llamó enojado y tuvo que irse. Me quedé solo, sirviendo dos o tres jugos más y vendiendo algunos llaveros-momia de los que había expuestos en la vitrina, pensando en sus ojos y sus manos y su aliento y su pelo y todas esas cosas que uno piensa cuando está enamorado y se queda solo y espera.

Cerca de las diez, Vannia volvió a la sala de la barra con Lugh, que ya tenía que hacer pasar a la gente al comedor. Los dos estaban bastante serios. Incluso me pareció que Lugh estaba más viejo, de tan serio. Hasta parecía que tenía menos pelo que la noche anterior, y Vannia estaba mucho más lejana.

Con el trueno, los mozos abrieron las puertas y Lugh comenzó a asustar y ubicar en las mesas a los comensales.

Vannia trataba de evitarme, lo noté. Cuando la sala de la barra quedó vacía, se apresuró a cerrar la persiana y fue corriendo a los camarines.

Yo puse el cuenco con sal en la cocina y entré al camarín, también. Estábamos solos.

—¿Estás bien, Vannia? —le pregunté.

—Sí... ¿por?

—¿Qué te dijo Lugh cuando te llamó?

—Nada.

—Dale...

—¡Nada!

—Dale, decime...

—No puedo.

—¿Pero es algo sobre mí?

—...

—Dale, Vannia. ¡Escupilo!

Vannia hizo que me escupía, se rio y fue a buscar nuestros disfraces. "Qué tipa", pensé. Tenía carácter.

Entonces vi a Rodo, en un rincón, frente a un espejo, maquillándose. Antes no lo había visto.

—¿A vos qué te parece, Rodo...? ¡Me escupió!

Rodo levantó los hombros y siguió con lo suyo.

—Mientras yo me cambio en el vestidor tú cámbiate aquí afuera, ¿vale? —me dijo Vannia, regresando con mi disfraz. (No había dos vestidores.)

Cuando terminé de cambiarme, me senté al lado de Rodo y lo imité. Base blanquecina, toques verdes, rayas negras y rojas. Cuando Vannia vio mi cara, volvió a reírse:

—¡Ay, Wash! ¡Así no das miedo a nadie! ¡Pareces un payaso!

—¿Me das una mano, entonces? —le pregunté. Pero después me acordé del caramelero y le aclaré—: Pero no literal ¿eh?, en sentido figurado.

Vannia sonrió:

—Límpiate ese pastiche, quieres.

Yo también sonreí, me pasé toallitas húmedas para sacarme el maquillaje, cerré los ojos y me entregué al placer que sus manos prometían.

Sentí cómo me alisaba hacia atrás mis rulos (tengo muchos rulos, yo), me agarraba del mentón y empezaba a pasar por mi cara la esponja con pasta blanca, y después la verde. Cuando la separaba para untarla en el maquillaje, yo contenía el aliento, esperando otro contacto. Me pasó la esponja por la frente, las mejillas, la nuca y el cuello. Después hundió un escarbadientes en pasta negra, me dibujó arrugas y las difuminó con las yemas de sus dedos.

Toda la noche hubiera estado así, entregado a esas caricias. Pero otra vez tuvo que aparecer Lugh.

—¡Venga, que empieza!

Me puse los zapatos lo más rápido que pude (creo que eran dos diferentes, es que estaban todos mezclados), y salí con Rodo y Vannia al comedor.

Vannia iba adelante, eligiendo a las víctimas, y Rodo y yo la seguíamos. Hice lo que había visto hacer a ellos la noche anterior. Me acercaba a los comensales con cara de loco, gritaba, los miraba fijo a los ojos. Cada vez tomaba más confianza, porque era genial. Ver la reacción de la gente era increíble.

Unos minutos después, Vannia y Rodo invitaron a un hombre a que participara del show. En realidad no le preguntaron,

sino que lo agarraron del brazo y lo llevaron ante el Gran Brujo, al centro del comedor. Lugh se puso de pie y TAC TAC TAC, tres golpes con su bastón. Apareció el mozo con el cuenco de sal y Lugh le tiró los polvitos. El hombre se rio mucho, y casi sin que nadie le dijera nada, se metió solito en el ataúd. Se ve que no era su primera vez en el restaurante.

—Vamos, al camarín —me susurró Vannia cuando se apagaron las luces. Me tomó de la mano y me fue guiando en lo oscuro. Qué bueno que se sentía.

Una vez en el camarín nos separamos: Vannia fue a cambiarse al vestidor y yo busqué la percha con mi ropa. (Rodo no estaba.)

—Lo has hecho muy bien, Wash —se asomó Vannia—. Has podido seguirme.

—Te sigo hasta el fin del mundo —me animé a decirle esta vez.

6 | Tercera noche

El lunes dormí todo el día porque, para mí, el día se había hecho para dormir. Las células se regeneran, el pelo crece, los órganos descansan y encima, en una de esas, te acordás lo que soñás. Y yo, ese lunes soñé que querían asesinarme pero venía Vannia y me salvaba. Ahora... ¿viste que en las pesadillas, cuando soñás que te persiguen o que van a asesinarte, justo en el momento de la catástrofe te despertás? Por eso, lo bueno fue que en mi pesadilla no tuve que despertarme porque Vannia, al salvarme, hizo que no me despertara y pude seguir durmiendo. Y eso, para mí, había sido lo mejor.

El martes me desperté con más ánimo, es que esa noche me tocaba volver a trabajar. Me había gustado ir al Comedor de las Tinieblas. Estar con ella y divertirme viendo cómo se morían de miedo los comensales.

Aunque ese martes, el primero que tuvo miedo fui yo, porque Lugh estaba tan viejo... o tenía un muy buen disfraz, no sé, pero la verdad es que me dio mucha impresión. Cuando llegué, estaba sacando algo de la vitrina.

—Buenas noches —me dijo sin mirarme, y se metió por el pasillo, veloz. Casi no tenía pelo y el poco que tenía ya no era gris, sino blanco.

Cuando se fue, me acerqué a la vitrina para ver qué había sacado. Faltaba el cuaderno. ¿Para qué lo querría? Después

miré la foto y me pareció que uno de los hombres era él, pero casi irreconocible, mucho más joven. ¿Dónde y cuándo la habían tomado? No tenía fecha. Miré la copa, también. Qué fina parecía. Debía de ser muy valiosa... Pensé que podría darle una sorpresa a Vannia y hacerle un trago especial.

Traté de abrir la puertita de vidrio cuando oí un grito tan histérico que casi se rompen los cristales.

—¡Ni se te ocurra tocar esa copa! —dijo Vannia.

—¿Por qué?

—Porque Lugh te mata.

—¿Y vos me salvás? —le sonreí, acordándome del sueño.

—Mmm... no sé.

—Entonces la agarro igual. Moriré por vos.

—¡Nooo! —la broma no le hizo gracia—. La vitrina está cerrada.

Probé y tenía razón. Ni me había dado cuenta cuando Lugh la había cerrado. Miré de nuevo la copa y miré otra vez la foto, y vi que Lugh-joven tenía esa mismísima copa en la mano izquierda. Vannia vio que yo la miraba.

—Es una copa especial —me dijo—. Se usa para rituales. Y ahora a currar, tío, que pronto se harán las nueve.

En España "currar" no es robar, sino trabajar, y cuando dicen "tío" no se refieren necesariamente al hermano de tu papá o tu mamá.

Vannia acomodó los bancos, prendió algunas luces, revisó la caja registradora y ubicó los otros adornos mientras yo preparaba los ingredientes de los tragos. Pasamos cera a la barra y a las banquetas y fuimos encendiendo una a una las velas de los candelabros, hasta que todas las formas de la sala empezaron a temblar con la viva luz de las llamas.

Después fuimos a cambiarnos. Esta vez éramos una parejita de viudos: ella, encaje y satén. Y yo de traje con chaleco, reloj de bolsillo, doble fila de botones y gemelos de imitación. Todo negro, por supuesto.

A las nueve, apenas abrimos la puerta, empezaron a entrar clientes. Esa noche el restaurante estaría a pleno, teníamos muchas reservas. Enseguida varios pidieron mis especialidades, que voy a nombrar de nuevo porque son increíbles: "Espuma de Trol"; "Baba de escuerzo moribundo", que va con tres pajitas; "Jugos gástricos de enano"; y por último "Saliva de sapo espolvoreada con lagañitas titi", que no tiene lagañitas, sino pelos de musaraña.

Todo eso lo preparaba yo esa noche mientras me lucía con la coctelera. Vannia me miraba de reojo. Yo sabía que me miraba, y eso me hacía muy feliz.

Cuando tuve unos minutos sin encargos, improvisé mi brebaje:

—Tomá —le dije, ofreciéndole un trago en un vaso alto.

Vannia lo miró con desconfianza.

—¿Y qué me hace esta bebida, si se puede saber?

—Te enamora de mí —le dije.

Ella arqueó las cejas e inclinó la cabeza, tierna. Aceptó beberlo, pero si antes le ponía un poco de azúcar.

—Ahora sal.

—¡Daaale! Si le pongo sal no lo vas a tomar...

—Si no se la echas, menos.

Después me pidió que le agregara limón, jengibre y no sé cuántas cosas más. Pensé que no lo tomaría ni loca, pero me equivoqué. Lo bajó todo de un trago.

—¿Y? ¿Te enamoraste de mí? —le pregunté, ansioso.

—¡Claro que no! —se rio—. El trago ya no era el mismo.

Vannia: dos; yo: cero. Ya me llevaba ventaja.

A las diez sonó el trueno, los mozos abrieron el portón del comedor y nosotros fuimos al camarín.

—¿Sabes algo, Washi? —me dijo, sacando el vestido de bruja de la percha.

—¿Qué?

—Te vi seguirme esa tarde.

—¿Qué tarde?

—La del carnaval.

—¿En serio? —traté de ponerme serio.

—Pues sí.

Entró al vestidor.

—Yo te veía pasar por delante de la persiana —me dijo mientras empezaba a cambiarse.

—¿Cómo...? ¿Desde dónde?

—Desde el sótano del restaurante se ven los pies de los que pasan. Y siempre te detenías. Te reconocí por las zapatillas, eran siempre las mismas.

Ahí entendí por qué Vannia me había mirado tanto las zapatillas, el primer día. Sabía que era yo. Nos quedamos un tiempo en silencio.

—Yo puse el cartel para que Lugh buscara un nuevo empleado —dijo, saliendo del vestidor. Tenía un vestido negro, sin mangas, ajustado y largo hasta los pies. Estaba descalza, las uñas pintadas de azul. Fue a la repisa a buscar unos guantes.

—¿Vos pusiste el cartel?

—Sí.

—¿Lugh sabía?

—No. Pero ya estaba empezando a necesitarlo, por eso me animé.

—¿Por eso pusiste el cartel? ¿Porque Lugh necesitaba un empleado?

—No solo por eso... —me sonrió de costado, poniéndose los guantes negros, largos, infinitos.

—¿Y por qué más?

—Eso no se pregunta.

—Pero se responde...

—Tampoco.

—Sos mala.

Di un paso hacia ella.

—Ya lo sé.

—Mala.

—Sí.

Otro paso.

—Mala.

—Muy.

Cada vez más cerca.

—Mala.

Y la miré fijo.

—Mala.

Y entré en sus ojos.

—Mala.

Acaricié su pelo. Y acerqué mi boca a la suya. Mala, mala, mala. Y toqué sus labios y eran como una almohada, una

almohada donde reposar y un fruto tibio y jugoso para darle un buen tarascón.

Vannia me alejó de un empujón, riendo.

—¿Y por qué quieres besarme si soy tan mala? ¿Eh?

Entonces llegó Lugh.

—¿Qué está pasando acá? Vannia, maquíllate que salimos. Washington: acomoda los zapatos, junta los pares, límpialos. Hoy no actuarás. ¡No perdáis más tiempo, jolín!

Me acerqué hasta la montaña de zapatos. Había de todos los talles, estilos, colores. Todos mezclados. Necesitaban un orden, era cierto, pero sentí que Lugh me había castigado.

Entró Rodo y se sentó en una silla, esperando para actuar. Me vio, pero no me ofreció ayuda. Vannia, mientras tanto, fue a maquillarse. La miré un par de veces para reestablecer el contacto, pero no me miró. Tampoco me dijo nada cuando salió.

Vi pasar a uno de los mozos (creo que era Tito) con el cuenco con sal, oí los gritos histéricos y las risas y los aullidos, y los aplausos. No vi cómo se apagaba la luz, pero vi que volvían.

—¿Me ayudas a terminar con este asunto de los zapatos? —le pedí a Rodo cuando lo vi. Pero Rodo no respondió: caminó hasta una pared, apoyó la frente y así se quedó, quieto, con ambos brazos colgantes. O actuaba muy bien su personaje, o algún problema tenía.

Esa noche, Lugh hizo juntar dos o tres mesas del comedor y nos pidió que nos quedáramos a comer. La idea me gustó mucho, porque podría volver a acercarme a ella. La encontré en la cocina.

—¿En qué puedo ayudar? —le pregunté a Ahmir, fuerte, para que Vannia me oyera.

Ahmir no respondió.

—No te entiende —me aclaró Vannia, sacando unas bebidas—. Es de Marruecos.

—¡Nadie me entiende acá, nadie me habla! ¿Todos son extranjeros?

—Sí —me respondió ella.

—¿Todos de Marruecos?

—No, de Marruecos, solo Ahmir. El cocinero es de Portugal, Tito es boliviano y Raúl es de Perú.

—Entonces Tito y Raúl sí que entienden español. ¿Por qué no me hablan, Vannia?

—Ellos trabajan, Wash, nada más. Así es como Lugh los quiere.

—¡Se desviven por trabajar! ¡Es lo único que hacen! —dije, molesto, mientras apilaba los platos para llevar a la mesa.

—¿Cómo sabías? —pareció sorprenderse ella.

—¿Que cómo sé *qué*? ¡Es obvio! —le respondí, ahora poniendo los platos en una bandeja para llevar a la mesa—. En cuanto Lugh dice "a", ahí están ellos, a sus órdenes. Pero a mí no me dirigen la palabra.

En el comedor vimos a Rodo acomodando las sillas.

—¿Y Rodo de dónde es? —quise saber, para completar mi lista.

—No le pregunté, llegó hace poco, pero es extranjero también. Los cinco son extranjeros, como vos. ¿No te parece extraño?

—¿Por qué lo decís? ¿Decís que toma inmigrantes indocumentados para pagarles menos? Si es por eso, a mí me paga muy bien. Además vos sos catalana, y también trabajás para él.

Volvimos a la cocina para buscar los cubiertos. Hablábamos en voz baja.

—Yo también soy extranjera, Wash. Yo nací aquí, en este mundo, que es otro. Casi no salgo al mundo real, yo. Y Lugh es como mi padre, ya te lo he dicho.

—O tu abuelo.

—A veces.

Sonreí. "Qué complicado es el género femenino", pensé. Traté de entender mejor.

—¿Qué querés decir con que "naciste aquí", Vannia? ¿Acá en el restaurante?

—Sí, más o menos como todos.

—¿Todos viven acá?

—Bueno... no exactamente.

—¿Cómo es eso? ¿No exactamente *qué*?

—No exactamente *viven*. —Y, luego de ver mi cara de fastidio por tantos acertijos, agregó—: Créeme, Wash. No querrías averiguarlo.

Todos se habían sentado a la mesa y cada uno se servía el guiso a sí mismo, pasándose la olla. Lugh se sirvió primero, luego Vannia y después yo. Los demás no comían. ¿*Vivían* o *no vivían*... en el restaurante?

Sentía que Vannia quería decirme algo y no podía, así que decidí averiguar algunas cosas por mi cuenta. Y empezaría en ese mismo momento, en la cena. Miré a uno por uno con la mayor discreción posible. Tenían algo en común, sin duda. No era el aspecto físico, porque Ahmir y Raúl eran bien morochos, mientras que el cocinero era calvo y le llevaba a Tito una

cabeza (calva). No era el color de piel ni la estatura, no. Era otra cosa. Algo en común entre ellos y a su vez con los esclavos de la foto de la vitrina. Los ojos, tal vez. La mirada perdida...

—¡Coman! —les gritó Lugh. Después tosió. Vannia se acercó y le palmeó la espalda, pero él le pidió que volviera a sentarse. Los cinco inclinaron sus cabezas, tomaron la cuchara y empezaron a comer.

"Qué gente más rara", pensé.

Ya en la cocina, mientras preparábamos todo para el postre, traté de sacarles conversación. Les pregunté qué hacían cuando no trabajaban, si salían entre ellos o tenían otros amigos, si no extrañaban a sus familias. Pero no tuve respuesta. ¡No me decían nada! Al final, con Vannia era con la única que podía conversar.

—Te invito un helado en la heladería de la plaza —me atreví en el pasillo, después del postre. Prefería ser directo.

Vannia me clavó su mirada verde. Me miraba a mí pero veía más allá, como el futuro. Se puso alerta, se aseguró de que nadie la veía o la escuchaba, y preguntó:

—¿Tan tarde y en pleno invierno?

—Para el amor no hay horarios, ni para el helado, estaciones —me agarró un ataque de inspiración.

—Vale —me respondió (que quiere decir "ok"). Y cuando yo ya estaba por dar un grito de alegría, completó—: Pero hoy no, Wash. Quizás mañana. Y no le digas a nadie.

7 | La luna

El miércoles amanecí feliz, lleno de energía. Desayuné pizza con café, hice como cien abdominales y me puse a limpiar la casa... hasta repasé el baño y barrí atrás de la heladera. Uno nunca sabe cómo podría terminar la noche... "Si me viera mi madre", pensé. Siempre pienso eso cuando hago cosas extrañas. Era como si en algún lado tuviera su mirada clavada, como si pudiera verme desde la otra orilla del Atlántico. ¿O sería que la extrañaba?

Esa noche sí tuve que actuar, por suerte. Lo malo fue antes, la barra, porque a Lugh se le ocurrió hacer una promo 2x1, así que empezamos a despachar a lo pavote y yo no tuve tiempo de estar con Vannia. ¿Eso era lo que buscaba Lugh? ¿Que no estuviera con ella? ¿Por qué seguía aceptando que fuera barman, entonces, en vez de hacer ensaladas con los demás? Creo que la respuesta estaba en la caja registradora. Una "Baba de escuerzo moribundo" por acá, dos jugos gástricos por allá y tres salivas de sapo. Vannia cobraba y cobraba. Y más, con el 2x1.

Pero cuando Vannia me dijo que Lugh no se sentía bien y que estaba descansando para juntar fuerzas para el show, me dio un poco de pena. Quizás había sido injusto pensar que quería separarnos.

Cuando fuimos a cambiarnos, le pregunté si me podría dar su teléfono, porque ella ya tenía el mío (bueno, el de Pedro) y no era justo. Me dijo que no me preocupara por eso porque ya estábamos empatados. "¿Por qué?", le pregunté, pero seguía misteriosa.

—Me cansé de adivinar siempre, Vannia. ¡Decime de una vez todo lo que tengas que decirme! Y también lo que te dijo Lugh la segunda noche, cuando estábamos en la barra, y él te llamó.

—¿Quieres mi número de teléfono o que te escupa lo que me dijo Lugh?

—Las dos cosas.

—Que no se me ocurra liarme contigo, me ha dicho.

—Que no se te ocurra *¿qué*?

—"Liarme", que tú me gustes.

—Y... ¿yo te gusto?

—¡No! —aclaró. Y con cierta tristeza, agregó—: Pero por lo menos contigo puedo hablar, me divierto. Eres mi amigo.

—Entonces seamos amigos en Facebook, también —aproveché.

—No, Wash. No tengo Facebook y no tengo otros amigos, por eso me gustas tú.

—¡Entonces te gusto!

Vannia puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

Vannia: dos. Yo: uno. O dos, casi, porque también me escribió en un papelito su número de teléfono.

Una vez cambiado, llevé el cuenco con sal a la cocina. Nuevamente, ni los mozos ni el cocinero ni el lavaplatos me

saludaron, pero ya me había resignado. No se le pueden pedir peras al olmo, decía mi mamá. Y estos sí que eran vegetales.

Empezó el show. Mientras Lugh esperaba sentado en su trono, en la mitad del salón, nosotros hacíamos todo el teatro de siempre: nos paseábamos por las mesas, poníamos caras feas y chillábamos un poco. A veces robábamos algún pan de la mesa, lo llevábamos a la boca, lo masticábamos y dejábamos caer las migas.

Cuando la música lo indicó (estaba todo pautado) elegimos a una mujer del público y la llevamos al centro del escenario para que Lugh le hiciera el jueguito de la sal, haciendo como que invocaba al Mal y metiéndola en el ataúd. Pero Lugh esta vez lo hizo de una manera tan sugestiva que la mujer se asustó y salió corriendo del comedor.

—¡Alcánzala! —me susurró Vannia—. ¡Quédate con ella en la barra, que no se vaya! Corrí tras ella (sin salirme nunca del personaje, claro) pero antes pasé por el camarín a sacarme la peluca, porque si la mujer me veía de cerca, disfrazado como estaba, seguramente se volvería a asustar. De paso me llevé las toallitas esas que usábamos para limpiarnos el maquillaje. Lo hice todo tan rápido que la mujer recién había llegado a la puerta de la persiana cuando la alcancé.

—¡Abran! ¡Abran! —lloraba la pobre. De miedo, lloraba.

Traté de calmarla, de hacerle entender que todo era un juego. Encendí las luces que había, le mostré que yo era uno de los brujitos pero sacándome el maquillaje para que viera que mi verdadera piel no era verde, que era normal. La convencí de que se quedara a esperar a sus amigos ahí, en la barra, y le ofrecí algo de tomar.

Iba a invitarla con mi última creación: "Lágrima de Séptimo Hijo Varón en Noche de Luna Llena", pero me pareció mejor una Coca. Mientras se la daba, me confesó que no sabía cómo habían podido convencerla para que fuera esa noche, porque ella con el terror se llevaba "para el demonio".

Nos reímos, y creo que eso le hizo bien.

A mí, reírnos me hizo pensar en la heladería. Y pensar en la heladería me ponía de buen humor. Creo que mi buen humor y la Coca ayudaron a que la mujer se fuera calmando y ganara mi confianza. Lástima los efectos especiales.

—¿Se me corrió el rimmel? —preguntó la mujer, porque había llorado.

Le dije que un poquito, ahí, en el ojo derecho... que nada grave. Me preguntó si en la sala había algún espejo. Le mostré el que estaba en la pared, al lado de la armadura, y ella fue. ¡Qué susto que nos pegamos! Porque al acercarse, el espejo chilló, y en el reflejo apareció la imagen de un gato abriendo la boca y mostrando sus colmillos. Cuando se recompuso del susto, la mujer me miró, incriminatoria. Entonces me defendí:

—¡Le juro que no tenía ni idea que iba a hacer eso! ¡Desde que yo trabajo acá, ese espejo no había hecho nada!... Seguramente hoy le cambiaron las pilas.

La mujer no terminaba de creerme.

—Mira, solamente me quedo por mis amigos, para que después no digan que soy cobarde.

Le sonreí. Quise convidarla con otra cosa, y busqué qué podría ser. Entonces, cerca de un candelabro, vi el caramelero de mano. Otro, idéntico al que había roto el primer día y con caramelos adentro. Lo deslicé hacia ella, y la invité a sacar uno.

Pero cuando la mujer, todavía temblorosa, acercó su mano para tomarlo, los dedos del caramelero se cerraron bruscamente.

La mujer se levantó de la banqueta con un grito, agarró su cartera y caminó decidida hacia la puerta. Y yo atrás.

—Me estás tomando por tonta —me estampó, furiosa—. Me abres la puerta ya mismo.

—Le juro que no...

—Sí, claro, me juras que de esto tampoco tenías "ni idea", ¿no es cierto? Que desde que tú trabajas aquí, el caramelero tampoco ha hecho nada, ¿verdad?

—Se lo juro, es que... seguramente...

—¿Que seguramente hoy le cambiaron las pilas, querías decirme? ¡Pero por favor! Ábreme la puerta o llamo a la policía. No voy a soportar que se burlen de mí de esta manera.

Yo también estaba asustado, pero me asusté más cuando el caramelero se cayó. Sí, se cayó de la barra, solo. Ni la mujer ni yo lo tocamos, ni siquiera lo podíamos alcanzar: la puerta estaba como a cinco o seis metros del caramelero, pero el caramelero se cayó. Y se rompió.

Me quedé duro, patitieso y patidifuso, confundido, desconcertado, extrañado, embarazado, alelado, arrobado, enajenado, suspendido, estremecido y consternado todo el tiempo que lleva decir estos adjetivos sin trabarse. Cuando terminó ese tiempo, reaccioné. Y mi reacción fue agarrar del brazo a la mujer.

—¡No soy yo, se lo juro!

Creo que ella esta vez sí me creyó, porque fui muy contundente.

—No se vaya, por favor —murmuré.

La mujer me estudió en silencio.

—¿Tú trabajas aquí?

Asentí.

—¿Y tienes miedo?

Volví a asentir.

Parece que la convencí, porque decidió quedarse. Nos sentamos en los silloncitos de cuero. Me contó que había ido para festejar el cumpleaños de treinta de su amiga. Que ella no era miedosa y le había entusiasmado la idea, pero que Lugh la había asustado. No por el grito, me dijo, sino por su aura.

—¿Su qué?

Yo no sabía lo que era, porque mis padres siempre habían descreído de todo lo que no estuviera demostrado por la ciencia. Pero ella me lo explicó: me dijo que era un halo de luz que cambiaba de color según la energía que irradiaran las personas. Le pregunté qué colores había visto en Lugh.

—Nunca había visto un aura como la suya —murmuró. Parecía que no quería, pero al mismo tiempo necesitaba decirlo—. Tenía mucho rojo. Violeta... y ese amarillo... Egoísta, manipulador. Cruel, impiadoso, destructivo. Solo da sufrimiento a los demás. No fue su actuación lo que me asustó. Fue él.

Me estremecí, aunque no terminaba de creerle.

—¿Y la mía? ¿Puede ver mi aura? —probé.

—Por lo que veo, intuyo que tienes una profunda vocación.

—Vocación para dormir —sonreí.

—No —dijo ella, seria, y agregó—: Puedes hacer algo muy grande de tu vida, y bien despierto. Pero ten cuidado con este hombre, querido. Tiene algo diferente... tiene un poder.

Misteriosamente se habían invertido los roles. Ahora era ella quien parecía cuidarme a mí.

Escuchamos ruidos de cubiertos. Yo me subí a un banco y vi, a través de la ventanita del portón que daba al comedor, que ya se encendían las luces. También me pareció escuchar las voces de Lugh y Vannia en el pasillo. Era un diálogo áspero, discutían. Solo pude entender dos frases de la voz de Lugh: "¡Me estoy muriendo!, ¿es que no te enteras?" y "El destino no se tuerce, Vannia".

"Es el disco de la despedida" iba a decirle a la mujer, pero seguimos callados. Sus últimas palabras habían ocupado ya todo el espacio.

A los pocos minutos los mozos abrieron el portón y la gente salió en oleada. Los amigos de la mujer enseguida fueron a abrazarla. Ella dio un suspiro de alivio y, mientras se iba, me dibujó un gesto de despedida.

—¿Te espero en la heladería? —le pregunté a Vannia después, porque ella también había ido a la sala de la barra para despedir a la gente.

—¡SHHH! —me calló—. Nos vemos allí en veinte minutos, pero espérame dentro, por favor, no quiero que nos vea nadie.

Salí volando a cambiarme para irme de allí lo antes posible. No quería ver a Lugh, pero antes tenía que cobrar.

—Permiiiso.

Lugh estaba sentado, como siempre, junto a su escritorio atiborrado de cosas. Perdido en ese enjambre, hasta parecía haberse encogido, como un anciano mendigando el último aliento. Casi no tenía pelo. Sus manos, hechas un laberinto de huesos, se extendieron hacia mí y me dieron mi paga. Vi

el cuaderno antiguo a un lado, junto con algunas plantas que, supongo, había sacado de su invernadero. Lo sentí tan frágil como voraz.

—Este es tu trabajo, Wash —me dijo mientras me daba el dinero, devorándome con esos dos ojos cosidos por arrugas—. No busques lo que no hay.

Bajé la vista, asentí y me fui corriendo. ¿Qué sabía él de lo que había y de lo que no? ¿Qué sabía él lo que yo buscaba? ¿Lo sabía yo, siquiera...? Por ahora, solo quería a Vannia y el helado.

Salí. Caminé hasta la esquina, bordeé la iglesia y llegué a la plaza. El clima estaba agradable y en el cielo colgaba una luna redonda como una pizza. Tenía vértigo, un vértigo que empezaba en el estómago y seguía por mis huesos y mis tendones... mi cuerpo entero era un abismo, y adentro de él me caía.

Para no caerme de verdad me senté en una mesita afuera: quería verla llegar como la tarde aquella del carnaval, cuando se acercaba hacia mí. Saqué de mi bolsillo el papelito con su número de teléfono. Lo leí una y otra vez. Ese teléfono me resultaba conocido. Entonces, del otro bolsillo, saqué una tarjeta del restaurante. El número era el mismo. Me acordé que me había dicho que vivía en el restaurante, "como todos"... ¿El restaurante era su casa, entonces, o me había hecho una broma para no darme su número verdadero? De alguna manera, esa noche tenía que preguntárselo.

No tuve que esperar mucho hasta que la vi, tan linda como el día de carnaval. Tenía puesto un gorro de lana con el pelo metido adentro. Caminaba rápido como el primer día. Ay. Se acercaba demasiado. "Hoy le declaro mi amor", pensaba. "Esta

es la noche", pensaba. El cuerpo me quedaba chico, el corazón me ajustaba.

—¡Te dije que me aguardaras dentro! —me reprochó al verme esperarla afuera—. Venga, pidamos el helado y nos larguemos de aquí.

Ella eligió uno de frutos rojos; yo uno de chocolate y maní.

—Vamos —me dijo apenas los tuvimos—. Vamos a la playa, Washi. Lo más lejos posible.

Caminaba tan rápido que me costaba seguirla. Recién cuando dejamos atrás la zona del centro se sintió más tranquila.

—¿Es para que no te vea Lugh, Vannia? ¿Por qué?

—Es que Lugh no quiere que salga del restaurante.

—¿No te deja?

—No. Antes salía con él, pero ya no. Ni con él ni sola me lo permite. Igual a veces me escapo, como ahora —sonrió, suave.

—Lugh no puede dirigir tu vida de esa forma, Vannia. ¡Si ni siquiera es tu padre! ¿O sí?

Vannia miró para todos lados y se sacó el gorro que le cubría el pelo. La llamarada cayó y el viento se lo onduló.

—No. Pero es mi familia, Wash. Es lo único que tengo.

—Y... ¿tus verdaderos padres...?

—Mis verdaderos padres no existen. Fueron peores que Lugh, te lo aseguro.

Vannia guardó el gorro en el bolsillo. Las casas pasaban como una cinta infinita, cada vez más distantes. Se sentía el olor del mar.

—Me dejaron en la puerta de la iglesia, Wash. Yo era un bebé.

—¿De esta iglesia?

—Sí. Y Lugh me adoptó y me crio.

—¿Él solo?

—No.

Con cada paso, la mirada de Vannia iba perdiendo filo. Se detuvo y miró algo a la distancia.

—Había una señora... —dijo—. Vivió con nosotros desde siempre, desde cuando Lugh se encerraba abajo, en la casa. Antes de que la casa fuera un restaurante. Ella me cuidaba.

Tiró lo que quedaba de su helado en un tacho y seguimos caminando hacia el mar, que ya se veía a lo lejos. Noté que sus ojos verdes se envolvían en una fina capa de lágrimas.

—Se llamaba Lili.

La tomé de la mano y seguimos caminando. No quise preguntar nada.

Me contó que cuando Lugh era un bebé, los padres lo llevaron a vivir con ellos al Congo Belga. Los padres de Lugh eran de los pocos europeos, y lo que hacían era obligar a los nativos a trabajar para el rey Leopoldo, de Bélgica. Trabajaban el caucho y el marfil. De sol a sol, sin descanso. Eran esclavos.

—¿Y Lugh qué hacía?

—Iba a la escuela de los belgas, pero también aprendió el método que tenía su padre para que los esclavos rindieran más. Ese método, el padre lo había aprendido a su vez de los mismos africanos. De sus creencias, su liturgia, sus hechizos... y lo usaba en su contra. Cuando sus padres murieron, Lugh vino para España. Y acá siguió perfeccionándolo durante años. La diferencia es que él no trabaja para ningún otro rey, más que para él mismo. Rey de copas, Rey de todos. De Ahmir, de Tito, de Rodo. Mi rey también. Y ya avanzó demasiado.

—¿Qué querés decir con eso, Vannia?

—Nada, Wash. Y tú no querrías saberlo. Hay una luna hermosa. ¡Vamos al mar!

Vannia me arrastró hacia la playa. Bajamos unas escaleras esculpidas en la piedra y enseguida llegamos a la arena.

Nos sacamos las zapatillas. Yo até los cordones de las mías y me las colgué al hombro. Las de ella también. Me gustaba llevárselas. Nuestras zapatillas juntas. Me gustaba mucho.

Atrás: el restaurante, la heladería y las casas. Adelante: el infinito verde y dormido. Las olas estirándose por capas y la luna, multiplicando su luz en cada jirón de agua.

Nos arremangamos y nos mojamos con la espuma de la orilla. Estaba fría, pero no helada. Blanca como sus pies y suave como su mano. En esa mano estaba todo. El mundo, estaba. Yo no necesitaba más. Habría hecho un cuadrito con ese instante y lo habría puesto en la mesa de luz para retenerlo para siempre de los siempres.

—Tengo miedo, Washi —me dijo—. Tengo miedo de lastimarte.

—¿Y por qué vas a lastimarme? Si me hacés bien, vos. ¡No! Más que eso: desde que te vi, mi vida se dio vuelta como una media.

—¿Vueltas como una media? ¿Medias vueltas?

—¡No! —me reí—. Como un calcetín. Un zoquete. Así.

Le alcé las puntas del pelo y las doblé sobre su cara. Ella se rio. Se soltó de mi mano y empezó a correr por la orilla. La seguí.

—¡Mañana no vayas al restaurante! —me gritó.

Le pregunté por qué mientras la alcanzaba.

—Lugh es muy poderoso, Wash —me dijo, ahora caminando—. No lo conoces. No todo lo que pasa en el restaurante es una farsa. Lugh es mago, Lugh es brujo. Lugh es malo. No vayas.

—Lugh, Lugh, Lugh... ¡basta de Lugh!

En eso, vi un caracol en la arena, lo levanté y lo puse en mi oreja.

—¡Uy, no sabés lo que me dice este caracol!

—¿Qué te dice, Washi?

— Que tenés que vivir tu vida, relajarte. Y que, por ejemplo, ahora tenemos que bailar.

—¿Ahora?

—Eso dice el caracol...

Vannia sonrió, y esa sonrisa fue un "sí".

Tiré las zapatillas a la arena e hicimos un par de pasos de vals. Con nuestro baile descalzo la playa se hacía más y más grande, un mundo infinitamente nuestro. Ella me corrió un rulo de la cara y apoyó su mejilla en la mía. Sentía sus latidos, también. ¿O eran los míos?

"No quiero lastimarte", me susurró al oído. "Shh", le dije, y empecé a cantarle al oído:

Es tarde a la noche
ella busca qué vestir
después se maquilla
y peina su largo pelo
y me pregunta
¿me veo bien?
le digo: sí, estás maravillosa hoy.

Me sabía de memoria la versión de JAF, la que es en castellano. Nos acercamos al agua. Nuestros pies se vestían y se desvestían con las olas.

—Quiero darte algo, Washi —me dijo ella entonces, dejando de bailar.

Hurgó en su cuello y, de abajo de la ropa, sacó una cadenita. Nunca antes se la había visto. La desenganchó y le sacó el dije. Era una llave.

—Te doy mi corazón —me dijo.

—¿Tu corazón?

—La llave de mi corazón.

—Qué lindo...

Me había tomado por sorpresa, no supe qué decir más que "gracias". Le di un beso a la llave y la incluí en mi llavero. Después la ayudé a engancharse de nuevo la cadenita vacía, la abracé y acerqué mi boca a la suya.

Era tan blando, todo. Era tan jugoso y tan tibio.

Mientras tanto allá, en el horizonte, la luna era otra boca queriendo tragarse el mar.

8 | La copa

El jueves amanecí con un solo pensamiento: Vannia, Vannia, Vannia... ¡cómo se te extraña, Vannia!

Para matar el tiempo y extrañarla menos, entré a Facebook y vi fotos de mis amigos. Puse comentarios, todos, en definitiva, un poco melancólicos. En cuanto me vieron conectado me escribieron varios, me preguntaron en qué andaba y me pedían que volviera, con muchos signos de admiración. Hablé por Skype con algunos de mis hermanos, también. Me mordí la lengua para no contarles lo de Vannia a ellos, porque no saben guardar secretos. Y me contaron uno a mí: que mi papá estaba pensando en venir a buscarme.

Ese jueves había que ir más temprano porque Lugh nos explicaría un nuevo acto.

Cuando llegué, ya estaban todos reunidos en la sala de la barra. Esta vez también actuarían los mozos, me dijeron. A Tito, a Raúl y a mí nos tocaría hacer de muertos. De muertos recién muertitos, de esos que esperan en el purgatorio su destino final.

La escenografía del comedor había cambiado por completo. Del techo colgaban tules, había hogueras (las hacían con unas gasas iluminadas desde abajo con una luz roja y un ventilador), un viejo banco de madera y ataúdes contra las paredes. Más de veinte ataúdes, todos distintos. Por cada ataúd habría un muerto.

Lugh nos explicó que el show se basaba en una tradición celta, que dice que cada muerto que llega al Purgatorio tiene la obligación de ofrecerles agua a los que estaban de antes, hasta que llega un nuevo muerto y se le pasa la posta. Mientras nos contaba, yo trataba de no mirarlo demasiado, porque no podía creer que estuviera tan anciano. ¿Era un disfraz? ¿Un truco? ¿Era una treta más para asustarnos y que así fuéramos más eficientes? Me moría por conocer su verdadero rostro, sin artificios. Me hubiera gustado verlo en una situación cotidiana, de entrecasa, como roncando o rascándose la nariz.

Lugh actuaría del último muerto que reparte el agua y Vannia sería una especie de espíritu, como un fantasma, que iría abriendo los ataúdes, que era la parte que daría más miedo. A mí también me daba miedo pensarlo.

Y no solo pensarlo: verlo, porque Lugh ya lo estaba haciendo. Iba abriendo ataúd por ataúd como una visita guiada. Nos mostró un esqueleto, dos momias... los muñecos estaban articulados, podían agarrar la copa y hacían que tomaban agua. Me pregunté cómo hacía tan buenos efectos, porque ni en Disney había visto algo así. Además... ¿dónde guardaba tanta utilería? Trataba de pensar eso: que eran efectos, nada más, que era todo de mentira. Hacía fuerza para pensar eso, y ya lo estaba creyendo; hasta vi uno que —lo juro— era demasiado parecido al cocinero del restaurante... y el cocinero no estaba.

Cuando terminó la explicación, Vannia y yo nos quedamos en la sala y empezamos a trabajar.

—Mejor vete, Wash. Dile a Lugh que estás descompuesto y vete.

Yo esta vez sí que tenía miedo. ¿Cómo habían hecho tan bien al cocinero? Ni en el Museo Madame Tussauds, donde había estado hacía poco, en Londres, había visto un muñeco tan perfecto, tan real.

—Pero... ¿Por qué, Vannia? ¿No querés que trabajemos más juntos? —me esforcé por disimular.

—No es eso, Wash. Solo por hoy. Yo sé lo que te digo.

—¿Por qué hoy? Decime... ¿corrés peligro?

Vannia empezó a pasarle cera a la barra.

—Yo no, por ahora... —murmuró—. Pero tú sí, tal vez.

—Enfrentaré lo que sea.

Vannia dejó de mover el trapo y me miró de lleno a los ojos:

—Yo he cumplido en advertirte.

"Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo", dice un proverbio árabe, uno de mis lemas. Por eso intenté relajarme. Si había decidido quedarme, a pesar de todo, tenía que vivir el presente lo mejor posible, sin especular con lo que podía darme el futuro. Hice malabares con limas especialmente para Vannia (porque aunque la gente los miraba, yo los hacía para ella), e inventé un trago nuevo con piña y jengibre que me salió bastante aceptable.

A las diez sonó el trueno y llegaron Lugh y los mozos para hacer pasar a la gente al comedor. Nosotros, mientras tanto, cerramos la persiana y fuimos al camarín.

Más tarde, los mozos también fueron a cambiarse para actuar. Abajo tenían la ropa de siempre, la de todos. Porque aunque no era exactamente el mismo modelo, exceptuando Vannia y Lugh, la ropa de todo el personal tenía un toque

distintivo. Rota, raída, vieja, descuidada. "Está bien", pensé, "es para dar más miedo". A mí también me daban ropa así. Sea cual fuere el disfraz, sin duda era como ropa muerta.

Después de cambiarse, Tito y Raúl se sentaron cada uno frente a un espejo. Pensé que se iban a maquillar, pero no. De todas maneras tampoco lo necesitaban. Se los veía muy demacrados. Me dieron mucha tristeza.

—¿Hace mucho que son los mozos, ustedes? —les pregunté. Realmente quería establecer contacto.

—¿Les gusta el trabajo? —insistí, porque no me hablaban.

Me miraban, pero no me decían nada. Estaban como perdidos. Noté que Tito tenía la boca abierta y babeaba.

—¿Dónde está Rodo, muchachos? —les grité, nervioso.

—¡Vamos, que empieza! —dijo Lugh desde el pasillo.

Ahí sí, los dos saltaron de la silla y salieron. Tito se limpió con la manga. Casi se empujan, de tan apurados que estaban.

¿Por qué eran tan apáticos conmigo? ¿Por qué respondían ante Lugh con tanta obsecuencia? ¿Qué estaban haciendo, buscando ser el empleado del mes? Que me cuenten cómo venía la mano, pensaba, porque si había algún premio en juego, me estaban dejando afuera.

Por quedarme pensando en esto me atrasé y tuve que salir corriendo. La última de la fila era Vannia, esperando, como los otros, que Lugh diera la señal para que entremos al comedor. Yo me ubiqué detrás de ella. Y no sé si fue la penumbra, la adrenalina que sentía cuando iba a actuar y me hizo hacer lo que hice, la atracción por ella, o todo junto, pero la acaricié: pasé la palma de mi mano por su pelo entalcado. Después le corrí unos mechones del costado y su nuca quedó desnuda,

blanca, blanquísima, por el maquillaje, y parecía todavía más frágil, y me dieron unas irrefrenables ganas de besarla... pero a eso no me animé.

Desde el comedor, Lugh dio la señal y ella giró levemente su cabeza y me miró, como una cariñosa señal de despedida. Entonces cada uno fue a meterse en su ataúd vertical. El mío era el último. Había marcas flúo en el suelo para que cada uno supiera cómo llegar; mis marcas eran las verdes. En cuanto entré, alguien me lo cerró de un portazo.

Por suerte, la tapa del cajón tenía una rendija a la altura de mis ojos y otra de mi nariz, para poder respirar y que entrara algo de luz.

Por lo que oía, cada vez que Lugh abría un féretro y aparecía un cadáver, la gente aullaba de espanto.

Yo, mientras tanto, con ese encierro me sentía cada vez más débil... Por mi propio anhídrido carbónico, sería, o quizás porque la madera largaba algún vapor que me estaba haciendo mal. Apenas si podía mantenerme en pie, cuando sentí que Lugh se acercaba. No lo oí ni lo vi, pero lo supe. Porque cuando él estaba cerca me daba un frío en la tripa, en la médula espinal, no sé. En el corazón mismo del alma.

Y sí, era él, porque abrió mi ataúd y me hizo una seña para que saliera. Entonces pude ver a todos los muertos, de pie, cada uno delante de su ataúd. Estaban Raúl, Rodo, también el cocinero y el lavaplatos Ahmir. Todos ahí, haciéndose los cadáveres. ¡Qué bien lo hacían! Demasiado bien. La cabeza me daba vueltas. Lugh tenía la copa en la mano... ¿La copa? Sí, era la copa de cristal de la vitrina, la de las filigranas con calaveras y plantas. La de la foto, la de los rituales, la intocable. La alzó y

pronunció unas palabras de invocación. Su voz era profunda, hueca, espectral. ¿En qué idioma hablaba? No le entendí, pero sonaba verdaderamente aterrador.

Lugh, el Gran Brujo, acercó la copa a mis labios. Lo miré a los ojos y los vi más grandes que siempre, a pesar de que él estaba más viejo que nunca. Eran enormes, como dos pelotas de vidrio blanco. Como por arte de magia, de repente se hicieron completamente celestes, y cada una de sus pupilas, antes redonda, se deformó en una raya vertical.

Fue todo tan rápido... esa transformación se dio mientras él llevaba la copa a mis labios. No llegué a beber lo que me ofrecía, porque justo en ese momento Lugh perdió el equilibrio y se cayó. Era Vannia, que lo había empujado. Él estaba viejo y débil, por eso cayó enseguida. La copa cayó con él, pero perdió poco líquido.

Segundos después, un cliente que estaba con su mujer en una mesa cercana se levantó y, riendo con absurda desmesura, levantó la copa del suelo y tomó el líquido que quedaba.

Inmediatamente después se apagaron las luces, se abrieron los aplausos y todo pareció volver a la normalidad.

Busqué a Vannia en la cocina, en el camarín y en la barra para preguntarle qué había pasado, si eso había sido parte del show o qué, porque no entendía y necesitaba entender para sacudirme el espanto, pero no pude encontrarla. Esta vez no busqué a Lugh para cobrar. Ni loco lo buscaba. La imagen de sus ojos transformándose en felinos me daba pavor, me ponía los pelos de punta. Sin duda, esa última parte del show no la habíamos ensayado.

9 | Nuevo aviso

Amanecí tan temeroso que me dieron unas ganas locas de abrazar a mi mamá. ¿Pero cómo podría abrazarla por internet? ¿Y si por lo menos le contaba todo para que me aconsejara? No, qué iba a entender... Lo único que lograría sería asustarla, y ella estaba en Montevideo, tranquila, tomando mate. ¿Si les contaba a mis hermanos? Tampoco. Me pedirían que volviera, y yo no quería volver. Necesitaba saber por qué no me habían dicho que el show del Purgatorio terminaría así, con Lugh en el suelo, sus ojos locos, las fauces abiertas y el cliente bebiendo de la copa. Necesitaba conocer el límite entre lo real y lo irreal, porque me sentía perdido en un laberinto de espejos.

Sin haber podido pegar un ojo durante la siesta, salí para el restaurante. Estaba inquieto, ansioso, inseguro. Un viento frío chocaba contra mi piel y en el cielo crecían las nubes. Grises, densas, furibundas. Me hacía bien sentir el frío, me calmaba. Al llegar a la puerta de la persiana, casi con alivio, noté que estaba baja y cerrada con un candado. Tenía otro cartel que decía:

CERRADO HASTA NUEVO AVISO

¿Qué quería decir "cerrado hasta nuevo aviso"? ¿Y el "viejo aviso"? A mí nadie me había avisado que El Comedor de las

Tinieblas cerraba. Lugh tenía el teléfono de la casa de Pedro, pero no había llamado. Vannia tampoco. ¿Le habría pasado algo a ella?

Me quedé un rato largo frente a la persiana leyendo el cartel, una y otra vez, hasta que decidí volver para llamarla.

En el restaurante me atendió el contestador. Que si quería hacer una reserva, dejara mi número y me responderían a la brevedad, o que entrara a la página web. Desde la web mandé un mail preguntando qué pasaba. Después llamé a Pedro. Quería hablar con alguien que pudiera entenderme y ayudarme. Le pregunté dónde estaba, qué hacía, cuándo volvía, y me dijo que estaba en Groenlandia salvando osos polares.

—Groenlandia, ¿te ubicás?

Pensé que era una broma.

—¿Sabés a qué país pertenece?

—No —le gruñí, molesto.

—A Dinamarca, Wash. Estoy en el Reino de Dinamarca.

Realmente, a veces Pedro se parecía a mi papá. ¿Qué importa a qué país pertenece? ¿Acaso él sabía hacer licor de huevo, de dulce de leche o de nuez? ¡Lo que sí me importaba es que estaba lejos! ¿Qué iba a hacer de mi vida ahora? ¿Pasear en el bus turístico? ¿Ir a museos? ¡¿Volver?! No. No podría hacer NADA sin antes saber lo que verdaderamente estaba pasando detrás de la persiana del restaurante, y lo más importante: si Vannia corría peligro.

Vannia me había dicho que Lugh estaba investigando algo relacionado con los rituales de África, así que prendí la computadora de Pedro y busqué: "rituales africanos". Leí que en el Congo hay un dios que se llama *nzambi*, y que de ahí viene la

palabra "zombi". Busqué "zombi". Aunque nunca estuvo realmente demostrado, decía que, en ciertas tribus, a algunos les daban de tomar un veneno que los "mataba" y que después los "revivían" con otras sustancias extraídas de plantas como la mandrágora, cuyas raíces, decían, eran como hombrecitos. Y que los "zombis" quedaban como tontos, mudos, idos, babeantes, y solo respondían a su amo. "Toda semejanza con la realidad es pura coincidencia", traté de convencerme.

Así pasé el viernes, el fin de semana y el lunes. Inquieto, pendulando entre la necesidad de entender y el miedo a saber de más, yendo de nuevo a la puerta del restaurante a ver si descubría algo... si salía alguien... si escuchaba... hasta que el martes recibí un llamado de Lugh.

10 | El Infierno

"Te tengo una sorpresa", me dijo Lugh esa mañana. "Esta vez tú mismo serás uno de mis invitados. Te espero esta noche a las diez".

Me quedé sin reacción. El llamado me había descolocado, totalmente. Mi intuición me gritaba que tenía que desconfiar, que no fuera, que aún estaba a tiempo de salvarme. Ahora, a la distancia, veo cómo a veces se anestesian nuestros sentidos. Nos volvemos ciegos, sordos, acorazados. Siempre le buscamos la vuelta para pintar el mundo a nuestro antojo. Porque no cabía duda de que era una invitación, por lo menos, muy rara, y más después de lo que había pasado. Pero yo pensé que quería disculparse. Explicarme lo que había pasado y compartir conmigo los secretos de sus efectos. "Quizás hasta me cuente lo que viene investigando", pensé, entonces yo le daría consejos, le palmearía la espalda y me reiría con él de toda mi estúpida sugestión... Porque yo era un empleado, no un cliente: era un engranaje más del artificio. "Tener miedo es ridículo", pensé. Cómo iba a tener miedo. Cómo me iba a perder otra oportunidad de ver a Vannia, que seguro que estaba bien.

Cuando llegué, a las diez en punto, la persiana roja dejaba el mínimo espacio posible para entrar. Me agaché y empujé la puerta. Ya estaba adentro.

En la sala de la barra estaban todos reunidos: Ahmir, el cocinero, Rodo, Tito, Raúl, Lugh y Vannia.

Me costó reconocerlo a Lugh. Estaba más joven que nunca. Le había vuelto a crecer el pelo. Tenía la piel más lisa y una postura más erguida. "Tiene talento", pensé.

Lugh dijo que esa noche nosotros seríamos los comensales, y que actuaría un invitado especial.

—Será una función privada, exclusiva para el personal —agregó antes de invitarnos a todos al comedor, menos a Tito que iba a servirnos.

"Qué injusto para él", pensé, "pero suerte para mí".

La escenografía era completamente diferente a cualquier otra. Era un bosque encantado, tipo dibujitos animados, ese estilo. Donde el sábado habían estado los ataúdes, ahora había árboles muy tupidos. También les habían puesto flores y pajaritos en las ramas. El suelo estaba cubierto por césped verde flúo y había caminos con piedritas que se cruzaban. Al borde de los caminos, hongos blancos con lunares rojos y, en el estanque, un sinfín de pececitos multicolores.

Lugh nos sentó a Vannia y a mí en una mesa, solos, y los demás se sentaron en otra con él. Empecé a ver la realidad de otro modo: ¿Lugh nos estaba demostrando que aceptaba que Vannia y yo fuéramos novios con una velada romántica? Hasta velitas tenía nuestra mesa. (La otra no.)

Mis temores empezaban a disolverse. La realidad era esto, ni más ni menos. Lugh era un poco loco, tal vez, pero había adoptado a Vannia bebé y había contratado a alguien que lo ayudara a cuidarla. Le encantaban las plantas, también. Vivía en un mundo de fantasía y era muy exigente, bueno, pero con

ese mundo había montado un negocio que le daba de comer a él y a su gente. Encima era generoso, porque ahora había montado un espectáculo para honrar a su personal. Lugh no era malo, no. Quizás fuera Vannia la que no quería estar conmigo, y le echaba la culpa a Lugh. ¿Por qué no me había llamado para contarme que el Comedor cerraría? ¿Y esta sorpresa qué? Seguro que ella sabía. La miré. Iba a decírselo pero ella se adelantó:

—Yo no sabía nada de todo esto —me dijo. Parecía haber escuchado mis pensamientos.

—¿Tampoco sabías que Lugh iba a cerrar el restaurante?

Vannia bajó la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no viniste a casa a avisarme? Me quedé esperando... no sabía qué pensar.

—No sé dónde queda tu casa.

—Pero tenías mi teléfono. Yo llamé mil veces al restaurante y no contestaban. Ni Lugh ni vos. Vine a la puerta. Tenía miedo por vos, Vannia.

—Es que Lugh...

—Basta de Lugh, Vannia. Hacete cargo.

Entonces llegó Tito con el primer plato: unas salchichas que colgaban de ganchos, como dedos. Dejó la bandeja y se fue, sin mirarnos.

En cuanto Tito se fue, se apagaron las luces. Cuando otras se encendieron, en el medio del escenario había una pareja de espaldas a nosotros. Estuvieron quietos el tiempo que duró el silencio, mientras nosotros probábamos las salchichas esperando a que empezara. Al primer acorde, se dieron la mano y

empezaron a caminar. Las flores del suelo y de las copas de los árboles se abrían a su paso, los peces saltaban en el estanque y los pajaritos cantaban.

Me dieron ganas de darle la mano a Vannia, para que nos reconciliáramos, pero ella me la negó. La música de fondo era tranquila, como un pianito. Todo era lindo. Hasta que Lugh pegó un grito, entonces la pareja se acercó a nuestra mesa y nos miró a Vannia y a mí alternadamente. Me di cuenta quién era el hombre: era el cliente que había bebido de la copa de Lugh. Casi me caigo de la silla. Porque estaba muerto, no cabían dudas. Caminando, pero muerto. Lo sentí. Miré a Vannia, pero ella miraba a Lugh. Me embuché tres salchichas juntas de los nervios.

Para colmo, después el paisaje enrojeció y la mujer desapareció. Mientras el hombre seguía caminando, yendo a ningún lado, los árboles empezaron a gotear savia roja y lo manchaban. A él y al tierno césped, a las piedritas de colores, a las florcitas. Todo ensangrentado. Y el tipo caminando. Los hongos rojos. El estanque negro y los peces muertos, panza arriba. Las flores marchitas. Y los pájaros volaban a sus nidos. El hombre empezó a gritar: "¡Francesca! ¡Francesca!", que seguramente era el nombre de la mujer que había desaparecido. Y caminaba con un andar nuevo y sus ojos negros más hondos que el universo.

En eso se desmayó y se quedó ahí, tirado en el suelo. A otro grito de Lugh, el público de la otra mesa aplaudió y entró Tito a traer el plato caliente.

—¡Es el que tomó el líquido de la copa! —le dije a Vannia— pero parece tan muerto...

—Muerto-vivo.

—¿Muerto o vivo?

—Muerto y vivo, Wash. Muerto-vivo. El líquido no era agua.

Ninguno de los dos probó el guiso. El hombre empezó a buscar a su mujer por las mesas vacías. Miraba por arriba y por abajo.

Crecía una bruma gris, ahora. Todo era gris. También su voz, honda, ahogada, infinita.

—Francesca...

La silueta de Francesca se corporizó en esa bruma y los dos enamorados corrieron para abrazarse. Pero no pudieron, porque a mitad de camino se convirtieron en sombras. El hombre también.

Las dos sombras empezaron a girar como adentro de un tornado furioso, era una línea que se enroscaba en sí misma donde las dos almas en pena se deshacían en lamentos.

"No hay nada más triste que el recuerdo de la felicidad en la desgracia", dijo una voz en off, se encendieron las luces y el acto terminó.

Minutos después, Lugh se acercó adonde estábamos. Acercó una silla y se sentó.

—¿Y...? ¿Qué les ha parecido la sorpresa?

Ni Vannia ni yo abrimos la boca.

—La mujer era un holograma. ¡Buen efecto!, ¿no os parece? Pero el actor es de carne. Lo llamaremos Paolo —sonrió. Y, rimbombante, meloso, irónico, remarcó—: Paolo y Francesca en el *Infierno*. ¡Ah, el amor, el amor...! nos puede costar la vida...

Qué joven estaba Lugh.

No era buena persona, no. Había que tener cuidado.

—Tú, aguárdame en la cocina —le dijo a Vannia, con tono seco.

Después sacó un fajo de billetes, los golpeó sobre la mesa y me dijo:

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Estás despedido.

11 | Tensa calma

Cuando llegué a la casa de Pedro me encontré con otra sorpresa. Por suerte buena, esta vez.

—¡Pedro! ¿Qué hacés acá? ¿No estabas en Groenlandia, vos?

—Estaba, pero acabo de llegar y me iba a dar una ducha. Y vos, ¿no tendrías que estar en tu casa, a estas alturas?

—De todas maneras me despidieron.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Le dije que me pareció que el jefe se había enojado porque a mí me gustaba su hija, o más bien una especie de hija adoptiva que tenía, y que para hacérmelo saber había montado una obra de teatro, la de una pareja enamorada que termina en el propio infierno. Paolo y Francesca.

—¡Qué creativo! Montarte un espectáculo solamente para decirte que no salgas con su hija... —lo admiró Pedro, y siguió, pensativo—: Paolo y Francesca, la pareja de la *Divina Comedia*, uno de los libros más importantes de la historia. Un amor prohibido castigado... Bueno, Wash... por lo menos el restaurante te dio un poco de cultura.

Casi me ofende. ¿Pedro estaba del lado de Lugh o del mío? Además, ¿ahora resultaba que los actos estaban inspirados en historias que existían? Quizás esa información me servía, me daba una pista para entender algo más. Le conté la escena del

bosque sangrante, que tanto me había impactado. Es que Pedro era muy lector.

—¿Cómo se llamaba ese cuento? ¿Cómo se llamaba...? Haceme el favor: miralo vos en internet mientras me ducho. (No se acordaba.)

En la ducha se acordó:

—¡"La muerte de Halpin Frayser"!

—¿Cómo se escribe el nombre?

—*Fra-y* griega-*ser*.

Lo *googleé* y sí, era un cuento gótico de Ambrose Bierce. Seguí navegando un poco. Salté a otros cuentos de terror y después a momias, espectros, zombis.

Me quedé en los zombis, otra vez. Que el veneno que les daban lo sacaban del pez globo y se llama "tetradotoxina". Que te hace parecer muerto por unos días o te mata en serio, depende de cuánto tomes. Que después de que los familiares enterraban al supuesto muerto, el hechicero lo desenterraba y ahí le daba una pasta especial que le permitía volver a moverse, pero su mente no se terminaba de recuperar. El hechicero pasaba a ser su amo, y quedaba a expensas de él.

Pensé en Tito, en el cocinero, en Ahmir... en todos ellos, que solo reaccionaban ante las órdenes de Lugh. Lugh, el Gran Brujo, el Hechicero. Me dio vueltas la cabeza. No podía existir eso en la realidad. Seguro que eran leyendas, y Lugh las usaba para meterle miedo a la gente. Sin embargo, de solo pensarlo se me puso la piel de gallina. ¿Tanto miedo le tenían a Lugh, como para actuar como actuaban... o en realidad Lugh... les había dado de tomar algo a ellos para...?

Tenía que pensar en otra cosa antes de dormir o sin duda iba a tener pesadillas. Fui a prepararme un café mientras hacía fuerza para pensar en Vannia, que era un pensamiento mucho más lindo. Puse el agua en la pava y me acordé de lo que ella había dicho en el restaurante: "El líquido no era agua".

Volví a estremecerme. ¿Qué era entonces, si no era agua?

¿Qué había tomado de la copa ese hombre que ahora se llamaba Paolo? ¡¿Por qué se veía tan muerto?!

"Muerto y vivo, Wash. Muerto-vivo."

Con manos temblorosas terminé de hacerme el café y me senté en la mesa de la cocina. "Con ese líquido (que no era agua)", pensé. Lugh había matado a Paolo, aunque solo a medio morir, pero... ¿era posible morir a medias? Yo, por mi parte, a pesar de todo, desde que había empezado esta historia me sentía más vivo que nunca. Pero me quise morir, porque de repente me di cuenta de que el veneno ese no era para Paolo, sino para mí. Que Lugh había creado todo el show del Purgatorio a propósito, para matarme a mí. Entero o a medias, pero matarme. A mí. También me di cuenta de que Vannia lo sabía: eso era lo que tenía para advertirme.

—¿Vamos a dormir, Wash? —se asomó Pedro en pijama—. Mañana tengo el día libre, te invito a pasear por Barcelona y me cuentas todo, ¿vale?

Me parecía bien.

Finalmente me dormí, sin pesadillas.

Al día siguiente nos tomamos el tren y fuimos a la ciudad.

Caminamos mucho, charlando de la familia, de la amistad de nuestros padres, de nosotros, de chicas, de animales, de fútbol

y otros deportes. Me dijo que sentía que yo había crecido mucho en el último tiempo y me invitó a trabajar con él en Greenpeace. Me dijo que siempre necesitaban voluntarios, que era ideal para mí. Eso sí: como máximo hasta que empezara el segundo cuatrimestre, para no demorar más el ingreso a la facultad.

Yo, además de películas de terror, había visto bastantes documentales de la National Geographic y reconozco que sabía de animales. Por ejemplo, ¿sabías que si nosotros fuéramos cucarachas, podríamos correr a 300 kilómetros por hora? ¿Y que el color preferido de los mosquitos es el azul? ¿Y que un caracol puede dormir tres años seguidos? Yo sabía muchas cosas y en Greenpeace podrían enseñarme más... pero me costaba hacerme a la idea.

De repente y sin anestesia, mientras comíamos unas "patatas bravas" (que son unas papas fritas con una salsa picante), le dije a Pedro que Lugh había intentado matarme. Se rio y me aseguró que me había hecho mal la salsa de las papas.

Después, Pedro volvió a trabajar y me quedé solo otra vez. Pasé por la biblioteca y pedí dos libros: uno de cuentos de terror y uno de recetas de tragos. El de terror era de Edgar Allan Poe, uno de los escritores de cuentos de terror más famoso, y me lo devoré. Los tragos también me los devoré, aunque no los hice al pie de la letra. Me gustaba inventar.

Eso sí: cuando salía, siempre pasaba por la persiana roja, pero siempre estaba cerrada. De día y de noche.

Ya empezaba a creer que Vannia y El Comedor de las Tinieblas en realidad nunca habían existido, cuando llegaron las limas.

12 | Superhéroe

Fue el viernes a la tarde, cuando ya estaba caminando por las paredes. Lo de las paredes es literal, porque a veces, en el garaje del edificio, practicaba ese paso rapero que todavía me sale bastante bien, y en aquellos días lo hacía seguido para gastar energía. Las limas las trajo el proveedor de fruta y verdura del restaurante. Me dijo que hacía casi una semana que El Comedor de las Tinieblas no abría y que le habían dado esa caja para mí. Cuando se fue leí en la tarjeta:

PARA TUS MALABARES

Abrí la caja y sí, había como un kilo y medio. Agarré tres para practicar, entonces vi que la base de la caja tenía algo escrito. Volqué todas las limas en la mesa y lo leí:

VEN PORFA. ESTOY ABAJO. VANNIA.

Lo primero que me salió fue dar vuelta la caja y mirar la base. Después me reí de mi estupidez, ¿cómo iba a estar abajo de la caja? ¿Abajo de qué, entonces?

¿Era un pedido de auxilio? ¿Me extrañaba...? Como fuera, no había tiempo que perder.

Salí corriendo y corrí todo el camino, pero cuando llegué a la persiana me di cuenta de que no tenía cómo entrar.

Busqué alguna otra puerta, alguna señal, y por primera vez vi lo que nunca había visto antes. La persiana tenía una puerta recortada en la chapa que se confundía muy bien por los

grafitis. Vi que esa puerta tenía una pequeña cerradura. La empujé, pero no había caso: no abría. Me senté en el cordón de la vereda a pensar. ¿Cómo quería Vannia que entrara? Quizás me había dejado algo escondido en la caja. Tal vez adentro de las limas o en un doble fondo... Resignado, volví al departamento. Y cuando sacaba mi manojo de llaves para abrir la puerta, la vi: la llave de su corazón. La miré bien de un lado y del otro y pensé que esa podía ser la llave de la puertita.

Volví a correr. Pasé por la plaza y la iglesia. Llegué. Metí la llave en la cerradura y sí: encajaba perfectamente. La giré y se abrió. La puerta de vidrio no tenía llave, así que con un empujoncito ya entré a la sala de la barra.

Además de la penumbra de siempre, oí un profundo silencio. Cada paso que daba hacía crujir el suelo, y eso me alteraba bastante. La armadura, el gato embalsamado, los llaveritos, los candelabros, el espejo... hasta la caja registradora parecía amenazante. Creo que era porque había entrado de contrabando y ni siquiera sabía para qué: lo único que sabía era que no podía darme el lujo de que Lugh me encontrara. Y para eso, yo tenía que encontrar a Vannia antes de que él me encontrara a mí.

El silencio duró poco, porque escuché un ruido que salía del comedor. Sonaba al chirriar de sillas. Con extremo cuidado, arrimé un banco al portón, me subí y me asomé a la ventanita. El salón estaba completamente vacío, quedaban dos o tres sillas. Parecía gigantesco, mucho más grande. ¿O siempre había sido así? Aunque estiré mi mirada, no pude distinguir el final: el espacio parecía seguir dando una vuelta.

Escuché a Lugh dando órdenes y vi dos hombres llevando un panel, como una pared falsa, de decorado. Uno era Tito, al

otro no le podía ver la cara. "¡Gírenlo!", gritó Lugh, y los tipos lo giraron, entonces lo vi: era Paolo. Lo supe porque me miró y me hundió con él en su vacío. Me hundí literalmente, porque del miedo que me dieron sus ojos muertos me caí del banco.

"¿Quién está ahí?", tronó Lugh. Yo salí corriendo, por supuesto. Pero en vez de irme a la calle, me metí por el pasillo y entré a la cocina. No sé si lo hice por valiente o por estúpido, pero estaba atrapado. Cerré la puerta (sin llave, porque no había) y pensé en esconderme, pero... ¿dónde? Adentro de una alacena no entraba, además estaban llenas de cacharros. Debajo de la mesa era muy obvio, me iba a ver enseguida. "Pensá, Wash, pensá", me dije. "Pensá en frío". Y ahí se me ocurrió: la heladera industrial era el escondite perfecto.

Adentro hacía un chiflete que quemaba, pero tenía que aguantar. Escuché que Lugh abría la puerta de la cocina y preguntaba: "¿Sos vos, Vannia? ¿Dónde estás?". Y avanzando unos pasos, siguió: "Me cansé de tus rebeldías, Vannia. Primero tus salidas del restaurante, luego el tío este, el uruguayo... ¿Qué es lo que pretendes ahora? Yo te di la vida, Vannia, y es tiempo de que lo pagues".

Me hubiera gustado ser una berenjena, un ajo o aunque sea una salchichita. Tenía terror de que Lugh abriera la heladera y me viera. En eso toqué algo raro, que no era un estante ni comida: una manija. ¿Una manija adentro de una heladera? La giré y se abrió una puerta secreta... por la que entré.

La puerta daba a una escalera. Bajé uno, diez, veinte escalones, no sé, hasta que por fin llegué a otra habitación del mismo tamaño que la cocina. Tenía un olor muy fuerte, como a pescado. Busqué el interruptor y encendí la luz. Casi me desmayo:

peces muertos colgando de hilos, como ropa secándose al sol. Los había visto en internet cuando buscaba sobre los zombis: la mayoría eran peces globos. Me asusté, escapé y llegué a un pasillo. Tenía las mismas dimensiones que el pasillo del restaurante. Me pareció que allí, abajo, la distribución de los ambientes era la misma que arriba: el pasillo con las tres puertas, los baños y, aparentemente, a ambos extremos del pasillo, los dos salones principales, gemelos a la sala de la barra y el salón del comedor.

Buscando a Vannia, abrí la puerta de la segunda habitación. Tenía seis camas. Un par de sillas, una bombilla del techo y nada más.

De pronto, ruidos de pasos. Me tiré en la primera cama que vi y me metí abajo de la frazada. Alguien entró y prendió la luz. Yo estaba a punto de estallar, de los nervios que tenía. Se acercó a la cama, me zarandeó y dijo:

—¿Paolo?

Era Vannia. Me destapó.

—¡Ay, eres tú, Washi! ¡Viniste! —su felicidad fue tal que todo el miedo había valido la pena—. ¡Ven conmigo, Wash, antes de que te vean! ¡Qué bueno que has podido llegar! ¡Eres muy inteligente! ¿Has usado la llave que te di? ¿Has bajado por la puerta secreta de al lado de la vitrina, por la heladera o por adentro de la armadura?

Así, llena de entusiasmo, me llevó a su habitación, que era la que quedaba justo debajo de la sala de la barra, y también daba a la calle. La luz natural entraba por unas ventanas largas que había justo abajo del techo e iluminaban el armario, la cama, el escritorio, el silloncito y la escalera.

—Bienvenido al Mundo Vannia —me dijo, dulce.

El escritorio estaba lleno de cosas, como el de Lugh. Trozos de madera, cerámica, pegamentos, mostacillas, alambres y telas de mil colores. Uno o dos vasos con pinceles y otras herramientas, también. Y un montón de llaveritos a medio hacer.

—¿Los llaveritos de arriba los hacés vos?

Me dijo que sí.

—Tendrías que dedicarte a esto —me sorprendí—: ¡Sos una artista!

A Vannia se le encendieron de repente las mejillas. Creo que sabía que eran buenos.

—Los hago con lo que encuentro —me dijo—. O con lo que compraba cuando me escapaba.

—¿Cuando te escapabas?

—Sí. Es que Lugh ahora no me deja salir ni siquiera de mi habitación.

—¡¿Pero por qué?!

Nos sentamos en el borde de la cama y Vannia empezó a contarme.

—¿Recuerdas que en la heladería te expliqué que el padre de Lugh tenía un método infalible para que los esclavos trabajaran sin descanso y sin quejarse?

—Sí.

—¿Y recuerdas que te conté que Lugh no solo lo aprendió, sino que después siguió investigando?

—Sí.

—La teoría y la práctica.

Todavía no entendía.

—Rodo, Tito, Raúl, el cocinero... —siguió ella— son víctimas de Lugh, Washi. Tú también ibas a serlo, pero el cliente que bebió de la copa tomó tu lugar.

—Paolo —dije. Ya empezaba a entender.

—Sí, tonto. Fuiste terco al no escuchar mis advertencias, pero tuviste mucha suerte. Mucha —Vannia bajó el tono de voz—. Lugh roba vidas, Wash. Las roba cuando está viejo, y con ellas rejuvenece.

—Entonces no era el maquillaje.

—No.

—Era de verdad.

Vannia me miró, y sus ojos brillaron de lágrimas.

—Ya está muy viejo, Washi.

—¿Pero no puede robar todas las vidas que quiera?

—No. Puede vivir solo siete vidas en total. La vida de él y seis más.

—¿Y cuántas van?

—Todas. Las seis.

Me acordé de las camas. Seis. Conté mentalmente a los empleados. Seis.

Sentí un vértigo tan profundo que dolía. Vannia confirmaba mis sospechas sin anestesia, ya no tenía concesiones. Vannia siguió dándome detalles.

—Cada vida es más corta que la anterior. La vida del cocinero le duró años. La de Paolo, en cambio, unas semanas.

—La última —completé. Se hizo un silencio. No terminaba de entender si para ella eso era bueno o malo.

—Entonces no hay problema —arriesgué—. De todas formas morirá.

Vannia suspiró.

—Sí y no. Por eso te pedí que vinieras.

Le agarré una mano. Estaba temblando.

—¿Cómo que "sí y no"?

—Es que Lugh quiere pasarme su poder.

—¡¿Pasarte su poder?!

—El poder de robar vidas. Quiere que, cuando él se muera, yo haga lo mismo que él. Que siga con el negocio del restaurante y que siga robando vidas. Creando zombis, Washi. Zombis que trabajen para mí, o para él... porque él seguiría vivo, dentro de mí.

La idea de que alguien como Lugh esté adentro de alguien como Vannia me revolvió el estómago, como si yo mismo los hubiera comido.

—Y vos... ¿querés? —balbuceé.

Vannia bajó la cabeza. Seguía temblando.

—Se lo debo.

—¡Eso es ridículo, Vannia! —me enojé—. ¿Cómo le vas a deber semejante cosa?

—¡Quiere lo mejor para mí!

—¡Está loco!

—¡Es mi padre!

—No, Vannia. Ni siquiera lo es.

Vannia sacó su mano de la mía, se tapó la cara y se largó a llorar.

—¡Es mi papá!

La abracé y la atraje hacia mí. Lloró chorros, mocos y gemidos.

—Papá... —decía su llanto—. Papá...

Se quedó varios minutos gimiendo dentro de mi abrazo. Después se apartó, se secó las mejillas, me miró y me dijo:

—Ayúdame, por favor.

—Claro —le acaricié la cabeza—. ¿Pero cómo?

Sus ojos le brillaron distinto. Entonces me di cuenta de que lo tenía todo decidido, y el llanto había sido una despedida.

—Tú sabes hacer tragos, ¿verdad?

—El que quieras.

Vannia volvió a poner su mano sobre la mía, la apretó y me dijo:

—Necesito que hagas uno.

Buscó algo debajo de su cama. Era una botella de enjuague bucal.

—Esto es lo que Lugh estuvo investigando durante los últimos años de su vida. Le saqué un poquito sin que se diera cuenta. Me lo dará de beber el sábado aquí en el restaurante, durante una fiesta de disfraces. Si lo bebo, él seguirá viviendo dentro de mí. Si no, morirá como cualquiera. —Y, después de un silencio, agregó—: Yo no deseo beberlo. Yo no quiero ser como él, Wash...

—¿Entonces?

—Necesito que hagas un fluido parecido. Que tenga el mismo color, el mismo olor, todo... para que Lugh crea que me está dando el que él hizo.

—¡Un placebo! ¡Sos una genia!

—¿Podrás hacerlo, Washi?

—Voy a hacer lo imposible, te lo prometo.

Vannia volvió a secarse las mejillas con la manga del buzo.

—Qué bueno que Lugh te haya contratado —sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—Si no funciona pasarías a ser una especie de Gatúbela. ¿Viste que yo tenía razón, que eras mala? Porque Gatúbela es mala.

—Pero está enamorada.

—¿De quién está enamorada, Gatúbela?

—Del protagonista, Barman. ¿No has visto la peli? Yo miro películas aquí en mi habitación. En esa tele.

Era una tele chiquita. No sabía qué me causaba más ternura, si la tele o su confusión.

—¿Estás segura de que Gatúbela está enamorada de *Barman*? —la desafié.

—MUY.

—¿Muy segura o muy enamorada?

—Las dos cosas. Muy segura de que está muy enamorada de...

—¿Del *barman*?

Ahí Vannia se dio cuenta. Se puso roja como un tomate, se echó para atrás en la cama y ocultó su cara con un almohadón-peluche.

—El *barman* soy yo —le soplé al oído.

—¡¡¡BATMAN, quise decir BATMAN!!! —se reía.

—Estás enamorada de mí, lo acabás de decir.

—¡¡¡No, de Batman!!!

—¡MUY enamorada! ¡Vos misma lo dijiste!

—¡Pero de Batman, de Batman!

—¡Vannia! —oímos de repente—. ¡Vannia! ¿Estás en tu cuarto?

Me hubiera quedado en ese Mundo Vannia para siempre, pero tenía que irme, para salvarle la vida. Como un verdadero superhéroe.

Veloz, Vannia me dio la botella, sacó una escalera de atrás de un mueble, la alargó, la apoyó al costado del ventiluz y me hizo subir por ella.

—¡Ya voy, Lugh! —gritó. Y, con un susurro, me dijo a mí—: Te espero el sábado a las once, en la habitación blanca.

—¿La habitación blanca?

—Es parte de la escenografía, ya vas a ver.

Abrí el ventiluz y salí. Ya en la calle, miré cómo se veía su habitación por afuera: era como un zócalo, justo abajo de la persiana. Siempre había estado ahí, pero yo nunca la había visto. Había estado oculta como la verdadera cara del restaurante, o como un grano de arena que duerme en medio del desierto.

13 | El baile

En la casa de Pedro volvía a esperarme una sorpresa: mis padres.

—Vinimos a buscarte, ¿viste? —me sonrió, ganadora, mi mamá—. Como te dije.

—Estamos muy preocupados, hijo. En los mails no nos contabas nada, no te conectás a Skype, no nos aceptaste en Facebook. No estás nunca comunicado.

Los dos me abrazaron al mismo tiempo. Fue raro, pero lindo. Mi mamá se me quedó prendida, lloriqueando.

Más tarde me contaron cómo andaban las cosas en Uruguay: me hablaron de la tía Delia, de los perros, de la casa en La Paloma, de mis hermanos y me contaron un par de anécdotas de sus pacientes. Ya tenían los pasajes de vuelta para los tres, para la semana siguiente.

—Aprovechamos y en estos días nos llevás a conocer un poco, hijo —se le ocurrió a mi papá—. Ya debés ser un experto.

Miré a Pedro de reojo. Intuí que él tenía algo que ver con todo esto.

—Tengo poco tiempo —me atajé—. Me encargaron un trabajo muy importante para el sábado.

—¿Qué trabajo, hijito? —preguntó mi mamá.

—Hacer un trago muy especial para una fiesta de disfraces.

—¿Uno solo? Debe ser un trago para alguien muy importante...

—Sí, mami.

—Está bien que trabaje, Clara —le dijo mi papá— pero acordate que vinimos a buscarlo para que vuelva a casa y empiece la Universidad.

—¿Pero cómo que te encargaron un trabajo, Wash...? —se metió Pedro—. ¿No te habían echado...?

—Esto es otra cosa, Pedro. Es un trabajo *free-lance* —mascullé, con ganas de ahorcarlo.

Los días que siguieron hasta el sábado fueron los más estresantes de mi vida. Tenía que hacer un trago que salvara la vida de una novia que nunca volvería a ver, hacer vida turístico-familiar y al mismo tiempo tratar de que Pedro no siguiera metiendo la pata con mis papás.

Por suerte para mí, ellos dicen que "el trabajo es lo primero", así que todas las tardes se fueron a pasear solos y me dejaron tranquilo. Pedro tampoco estaba porque le habían encargado una investigación en el zoológico, así que yo, después de mandarle mis saludos a los monitos titi, me concentré en el brebaje.

Probé todo tipo de ingredientes. Los licué, los batí, los revolví, los herví y los dejé macerar. La cocina era un verdadero laboratorio. Estaba tan apasionado que no me reconocía. Ya no me importaba dormir, peinar mis rulos, ni volver a ir de tapas con Pedro, que tanto insistía.

El mismo sábado, a eso de las diez de la mañana, sentí que había logrado un producto que al fin me dejaba conforme. Grité "¡EUREKA!", tiré todos los intentos anteriores y puse el trago final en una botellita de agua. Guardé las dos botellas —la de agua y la del enjuague bucal— en un estante del placard de

la habitación que ahora compartía con Pedro, porque desde la llegada de mis padres nos habíamos reacomodado. Después fui a mirar un poco de tele mientras esperaba.

Cuando estuvimos los cuatro, les di la gran noticia: los invitaba esa noche al Gran Baile de Disfraces de El Comedor de las Tinieblas, donde, de paso, entregaría mi trabajo.

—Es sin reserva previa —aclaré, porque lo había buscado en la web.

La idea les encantó, y fuimos en patota a alquilarnos los disfraces: Mi papá, de *cowboy*. Mi mamá de hada madrina, Pedro de hamburguesa gigante y yo... de Batman, por supuesto. Nos sacamos fotos antes de salir, con veinte poses distintas, hasta que Pedro se cansó, porque en ese disfraz se respiraba solamente a través de la lechuga.

Salimos de la casa a las nueve y fuimos caminando tranquilos, total era cerca. Yo llevaba la botellita con el trago falso en una mochila negra que parecía parte de mi disfraz, y un reloj, para saber la hora siempre. A las nueve y treinta y dos estábamos en la puerta. Había de todo: momias, duendes, futbolistas, astronautas... y muchos empleados, también, contratados especialmente para esa noche: Lugh había tirado la casa por la ventana.

Pagamos y entramos. La sala de la barra estaba igual, pero al comedor lo habían cambiado por completo. Tenía muchos ambientes diferentes, uno en comunicación con el otro. Cada uno con un color especial.

La primera habitación era azul. El color era tan uniforme que todo parecía una misma cosa, como un cielo. Al principio

mareaba un poco, pero después te acostumbrabas. En ese infinito, odaliscas con babuchas hacían ondear sus gasas, también azules. Había mozos (normales, por lo que vi) que ofrecían cosas ricas, como un cumpleaños de quince. Había jóvenes y gente más grande.

Vannia me había dicho que nos encontrábamos a las once en la habitación blanca, pero... ¿cómo iba a reconocerla?, ¿de qué estaría disfrazada?, ¿estaría de guerrera, de novia asesinada, de viuda, de brujita, de vampiresa...? Ni siquiera eran las diez, pero yo no dejaba de buscarla. Me moría por verla, por darle el trago... y un beso, claro. Total nadie nos descubriría bajo el disfraz. Me moría por salvarla y ser cien por ciento su superhéroe, pero que fuera todo real.

Pusieron música para bailar. Entonces no pude creer lo que veía: ¡Mis padres inauguraron la pista! ¡Una pareja de renombradísimos médicos, los dos disfrazados y bailando reggaetón!

Alocaté
Oeh Oeh
Mueve la cabeza
mueve tu cuerpo
mueve los pies...

Pedro los filmó y quedó el registro para la historia, porque realmente *era* histórico. Sin duda iba a ser la comidilla entre mis hermanos, primos y varias generaciones futuras. Archivo ultrasecreto, eso sí.

—¿Cambiamos de habitación? —me propuso Pedro después de filmar bastante.

—Cambiemos.

Quedamos con mis padres en que nos encontraríamos más tarde ahí mismo, en la azul.

La habitación siguiente era la violeta. "No es violeta, es púrpura", me dijo Pedro. ¿Y qué diferencia había? Lo importante era que no era la blanca, así que todavía no tenía por qué ponerme nervioso. Había mucha fruta: fuentes con arándanos, zarzamoras, uvas, cerezas... todas frutas púrpuras. De fondo sonaba Deep Purple. "Buen detalle", pensé. Había que admitir que Lugh tenía un gran talento. Pensando en Lugh, eché una mirada por si en esa habitación estaban Tito, Raúl o alguien conocido, pero no los vi.

Pedro, en cambio, no buscaba zombis sino chicas, pero claro, todas me miraban a mí. Porque vos, por ejemplo, si fueras una chica, ¿a quién elegirías: a una hamburguesa gigante o a un superhéroe musculoso, con un traje brillante que marca todos sus músculos, y un antifaz que le da el halo de misterio necesario para ser sencillamente irresistible?

Por eso...

—¿Cambiamos de habitación? —volvió a preguntarme Pedro.

—Cambiemos.

La otra era toda verde. Verde arveja y verde esperanza, porque Vannia estaba cada vez más cerca. ¿¡Y si era ella!? Eso pensé cuando vi de espaldas a una chica con dos largas trenzas pelirrojas, vestida de pastorcita. Pelo como Vannia, piernas como Vannia, alta como Vannia... cuando le toqué la espalda para darle la sorpresa, la chica se dio vuelta y me golpeó con su cayado, que duele más que un bastón. Pedro se rio y la lechuga empezó a flamear como una bandera, y la chica también se rio

al ver eso. ¡Vamos, Pedro, todavía! Estuvo inteligente: se abrió un poco el cierre del pan para que la chica pudiera verle la cara. La chica siguió riendo (no sé de qué se reía tanto, la verdad), y Pedro la invitó con un jugo de clorofila. "Muy nutritivo", le aclaró. Como él era de Greenpeace sabía bastante de esas cosas. Me pareció digno retirarme, o, bueno... reconozco que fueron ellos los que me dejaron solo a mí con mis músculos, mi antifaz y no sé cuántas chicas mirándome. (Creo que ninguna).

"Me cambio de habitación", le dije a Pedro con señas, y me entendió bien, porque era lo que él siempre decía. La siguiente era la anaranjada. Tenía luces anaranjadas que teñían todo. Eran anaranjados los manteles, las servilletas, los vasos y las fuentes. De comer había caquis, kinotos, calabazas, zanahorias y todas las comidas naranjas que se te ocurran, como también gelatina.

Para darme fuerzas pensé en tomar un jugo... de naranjas, por supuesto. Estaba muy nervioso, y los nervios me daban una sed tremenda. Pero ya no había más, así que decidí cambiar de nuevo de habitación, a ver con qué otro jugo me encontraba.

Aparecí en la violeta. Ahora sí. Lo decía en un cartel. Miré mi reloj: faltaban diez minutos para las once. Me acerqué a las mesas y vi ensaladas de repollo colorado, berenjena y remolacha. También hacían jugo de eso. "Guácala", pensé. Yo, que era todo un profesional, jamás hubiera pensado hacer un trago con berenjena... igual le pedí uno al camarero. No quería ver a Vannia sin tomar algo antes, para estar más relajado y... listo para besarla, llegado el caso. Estaba rico, así que mejor lo agendaba para hacerlo cuando llegara a Montevideo. Cuando llegara a Montevideo... ¿Y Vannia? ¿No la vería más...? Me

creció como una oleada de llanto en el estómago, tan grande que me ahogó, casi. Me ahogaba desde adentro, sin salir, desde el lado oscuro de la máscara.

—Hola, Batman.

No era Vannia, sino Pedro.

—Hola, Pedro... ¿y la pastorcita?

—Me dijo que iba al baño y la perdí...

"Uy, pobre...", pensé. Estaba buscando alguna frase de consuelo pero me cambió de tema:

—Acá hay un error —me dijo.

—¿Qué error? ¿Que no te haya dado bolilla la pastorcita?

—No, bolú.

—¿Qué error entonces?

—En el cuento, después de la habitación anaranjada viene la blanca, no la violeta. Y acá vino la violeta.

—¿Qué cuento?

—"La Máscara de la Muerte Roja".

—¿"La Máscara de la Muerte Roja"? ¡Lo leí!

—¿Y desde cuándo leés vos?

— Desde la semana pasada. Lo saqué de la biblioteca, pero no me acuerdo qué color viene después.

—La negra, de donde sale la Muerte.

Yo reí nervioso, pero aliviado.

—No, no me acordaba. Igual a mí Vannia me citó en la blanca.

—Sí, pero a medianoche la Muerte Roja los mata a todos. ¿Te acordás?

—Me acuerdo... —le dije después de un silencio. Y para disimular mi zozobra, agregué—: Lo que no me acuerdo es por qué la Muerte era roja, si la habitación era negra...

—Por la sangre.

Nos miramos. Miré mi reloj: casi las once.

—Me tengo que ir —dije—. Entrego el trabajo y nos vamos.

—Qué bueno —respondió Pedro—. No aguanto un minuto más esta hamburguesa.

Nos separamos: él se fue a buscar a mis padres para irnos y yo fui a buscar la habitación blanca. No debería estar muy lejos. Finalmente atravesé una de las puertas de la habitación violeta y me encontré con la luz.

Me sentía en una nube, porque las paredes estaban revestidas de goma espuma, y había muchos almohadones y telas brillantes colgando. Sin embargo, a pesar del fulgor, enseguida pude reconocer a Vannia, porque estaba disfrazada de negro, como yo. Su pelo lo tenía envuelto adentro de una gorra con orejas, llevaba guantes con garras y una cola larga. Me enterneció tanto que hubiera elegido ese disfraz... Lo increíble fue que ambos, sin previo acuerdo, en total y absoluta sintonía, le habíamos dado vida a nuestro chiste. Para mí era fácil, porque era como decirle "soy tu superhéroe", pero para ella era más comprometido, porque ser Gatúbela era haber perdido frente a Lugh. Sin embargo se lo había puesto, valiente, y con esa actitud me decía: "Confío en vos, Washi. Sé que no va a pasarme nada malo".

Nos saludamos con dos besos, como siempre. Mi corazón latía a 300 kilómetros por hora, como corre una cucaracha, porque de cerca estaba más linda todavía.

—Buen disfraz —me sonrió.

—El tuyo es mejor.

Nos miramos. El verde de sus ojos contrastaba tan bien con el blanco de su piel y el negro de su máscara. Necesitaba

decirle algo creativo, no sé, para gustarle, pero como siempre me quedé sin palabras y fue ella la que me dijo, ahora más seria:

—¿Has podido hacerlo?

—Sí.

Me saqué la mochila y se la puse en la espalda con cuidado.

—¿Cómo voy a saber si funcionó? —le pregunté, ansioso—. ¿Cuándo nos vemos de nuevo?

Me dijo algo, pero no pude oírlo por la música. Me dio un beso en la mejilla y giró para irse.

—¡Vannia, por favor, no te escuché! ¿Cómo te encuentro, después?

"En cuanto pueda, iré a verte a...", llegó a decirme, pero de repente se tentó. Es que había visto a Pedro.

Atrás de Pedro aparecieron mis padres, también. Mi papá con el sombrero de hada y mi mamá con el de *cowboy*. Un espectáculo ciertamente embarazoso.

—Hijito, Pedro ya quiere irse... —se quejó mi mamá—, pero decile que es temprano todavía... ¡La estamos pasando bárbaro!

Yo supuse que Pedro iba a insistir en que nos fuéramos, por lo del disfraz.

—Hola —saludó a Vannia, extendiéndole la mano, que en realidad era un guante con forma de pepinillo—. Soy Pedro, el amigo de Wash.

—¿Cómo te encuentro después, Vannia? —pregunté, molesto.

—No te preocupes, Washi —me dijo ella—. Yo iré a verte a lo de Pedro.

Después saludó y se fue. Se iba con mi mochila y mi trago hacia la habitación negra. Sentí que se alejaba de mí, también. Se me estaba yendo.

—Dicen que a las doce, en la sala negra, habrá un gran show... —comentó mi mamá.

—Sí, yo también escuché que lo anunciaban —dijo mi padre, y me preguntó—: ¿El trago que hiciste es para ese show, hijo?

—Sí, papá.

—¿Y si nos quedamos a verlo? —sugirió Pedro.

—Mejor volvamos a casa —les pedí. El trabajo ya estaba hecho y, si Lugh me veía, podría arruinarse el plan.

—Mañana los llevo al Parque Güell, ¿quieren? —improvisé para terminar de convencerlos—. Así que vamos a tener que levantarnos temprano.

—¡Qué bien que te hizo este viaje, hijo! —me palmeó la espalda mi papá, aprobando la idea.

Volvimos caminando y, antes de medianoche, ya estábamos en la casa.

14 | Bien de familia

Al Parque Güell fuimos sin Pedro. Mejor, así tenía a mis padres solamente para mí. Somos cuatro hermanos, creo que ya lo dije, y como yo soy el menor, siempre tuve tres arriba, revoloteando... por eso ahora los quería disfrutar. Y los disfruté un montón: desde que crucé el Atlántico nunca me había sentido tan protegido. La verdad era que no había querido reconocer lo que tanto necesitaba: esa palmada, ese abrazo, los ñoquis caseros de mi mamá con la salsa de hongos de mi papá... Que me compraran cosas lindas, además, porque compraban de todo. Cosas para ellos, para mí, para los tíos... Y lo mejor: elegir juntos los regalos para mis hermanos, porque con la excusa de: "¿Ya habrá leído este libro?", "¿Le quedará bien esta campera?" yo hablaba de ellos con mis viejos. Lo que nunca antes, en mis dieciocho años de vida, habíamos hecho. Hablamos de todo: de sus gustos, de sus trabajos, de sus estudios, de sus novias... en una de esas mi mamá me preguntó, tímidamente, si me gustaba una chica. ¡Ni loco se lo decía! Tampoco les conté demasiado de El Comedor. Porque ahí me había divertido al principio, cuando no sospechaba nada, pero también me daba mucho miedo imaginarme lo que hacía Lugh. Pensé que quizás ellos, que eran verdadera gente de ciencia, tendrían otra explicación, pero todavía no sabía cómo preguntarles.

Ese domingo fue intenso; recorrimos el parque con visita guiada, paseamos por la Rambla y tomamos unos licuados de fruta en un bar ambientado con fotos de cine.

Cuando tomábamos los licuados pasó algo genial: resulta que mi mamá, naturalmente, es lenta para comer o tomar. Ese día, ella se pidió un licuado de mora, ananá y durazno, mientras mi papá y yo otros que no vienen al caso. La cuestión es que cuando mi papá y yo terminamos nuestros licuados, mi mamá apenas había tomado unos sorbos. Entonces yo, un poco para agilizar el trámite y otro porque me había tentado, le pedí que me dejara probar. Ella aceptó. Entonces le pregunté por qué se había pedido un licuado con frutilla, porque sé que a mi mamá la frutilla le da alergia.

—No, yo no lo pedí con frutilla, sino con mora —me dijo.

—Pero este es de frutilla, ananá y durazno, ma.

Yo tenía razón: el mozo lo había cambiado sin querer con otro cliente, y el otro cliente tampoco se había dado cuenta de la confusión y se lo había tomado. ¡Suerte que me di cuenta! No solo porque salvé a mi mamá de estar una semana hinchada, sino también porque nos dieron otro licuado gratis.

—Tenés buen paladar, hijo —me sonrió mi papá.

Ahí el que se hinchó fui yo, pero de orgullo. Aproveché para contarles que me había encantado la experiencia de ser barman en el restaurante. Que había sido un tiempo corto pero intenso, y entre lo que había practicado e investigado en internet, había aprendido un montón.

Mi papá me dijo que lo que había notado, con mucha satisfacción, era lo concentrado que había estado cuando preparaba ese trago para la fiesta de disfraces. Por supuesto que él no

sabía lo que significaba ese trago para mí; y yo, a la vez, no me imaginaba que iba a disfrutar tanto hacerlo. Le dije a mi papá que me había gustado investigar, probar, medir, pesar y descubrir cómo reaccionaban los elementos.

—¿Y si además de Medicina estudiás para chef, hijito? —se le ocurrió a mi mamá. Se ve que estudiar en serio para ser barman tampoco entraba en sus planes.

—Si no, ni siquiera estudies Medicina —largó de sorpresa mi papá.

Mi mamá y yo lo miramos absortos.

—¡¿Qué!?

—Claro, en vez de Medicina podrías seguir Química, hijo.

Mi mamá suspiró aliviada, y a mí, extrañamente, no me pareció tan mala idea.

Y mientras tomábamos entre los tres el nuevo licuado de yapa, me recordaron los líos que hacía yo en el patio del fondo con el juego de química que teníamos. Con lujo de detalles, se acordaban. Y fue una tarde feliz.

A la casa llegamos tarde, Pedro ya había cenado y estaba por irse a dormir.

—Vino Vannia —dijo.

—¿Vino Vannia? —no lo podía creer. Se me hizo un nudo en el estómago, pero traté de disimular—. ¿La viste bien?

—Sí, muy bien. Le dije que viniera mañana a comer, así te veía. Te manda saludos, Wash. Dice que tu trago ha sido un éxito.

Yo, a pesar de que estaba molesto con Pedro, lo abracé, y de paso le di un beso a mi mamá y otro a mi papá.

Sin embargo, el lunes amanecí con un agujero en el pecho: un agujero que tenía nombre de mujer. Faltaban menos de veinticuatro horas para mi partida, mi partida sin Vannia. No quería pensar en que no iba a verla más en mi vida... prefería, en cambio, soñar con alguna noche de despedida. Siempre me había jactado de ser un militante del presente, pero por primera vez me costaba.

Mientras mis padres hacían las últimas compras y Pedro trabajaba, yo me dediqué a limpiar la casa y armar la mochila para el viaje. Saqué la ropa de los estantes del placard, vacié cajones, miré atrás de la mesita de luz (siempre hay que mirar, por las dudas) y separé mis cosas del baño. Dejé el jabón, la tijerita y el peine, porque eran de él, y tiré el desodorante, el enjuague bucal y el champú, porque ya estaba vacío. Fui poniendo todo arriba de la cama, ordenadito. Las remeras de manga corta, las remeras de manga larga, los pantalones y el calzado envuelto en bolsitas. Había viajado bastante con la escuela y con el club, así que conocía algunos trucos, como que lo más pesado va abajo o dejar las medias para el final, así se pueden ir metiendo en los espacios libres que quedan.

Mi mamá y mi papá llegaron a las once y media, más o menos. Almorzamos solos, sin Pedro, y ahí me animé a sacar el tema de los zombis. Se rieron un poco, disimulando para no ofender, y después me dijeron que no, que los zombis no existían, que eran todos cuentos para asustar o vender cosas de Halloween. Y que los hombres-gato solo vivían en las películas. Me hizo tan bien saber eso, y me dio tanta seguridad que fueran ellos quienes me lo dijeran, que creo que recién entonces pude empezar a relajarme.

Pedro llegó antes del trabajo porque no se sentía muy bien, pero descansó un poco y al final, mientras mis padres preparaban su equipaje, me ayudó a cocinar las pizzas para la noche. Pusimos música a todo lo que daba, para motivarnos. Y a Pedro lo motivó, porque se puso sensible. Me dijo que me iba a extrañar. Que con alguien, la casa cobraba vida. Uno podía encontrarse las cosas cambiadas de lugar, hasta en rincones de lo más insólitos, como botellas en un placard o la afeitadora enchufada en la cocina. Yo le dije que también lo extrañaría a él, porque el tiempo que habíamos estado juntos lo había sentido como un hermano (con un poco de celos incluidos, claro).

Cuando las masas estuvieron listas y encendimos el horno para dejarlas levar, Pedro me propuso ir al living a jugar a la generala, pero yo preferí quedarme cerca del calor, porque me di cuenta de que todo ese tiempo había tenido frío, y el horno de verdad me reconfortaba.

A las ocho, cuando las pizzas estuvieron listas para meter en el horno y yo bañado, vestido y perfumado, llegó Vannia. Pero no llegó sola, por eso tuvimos que ir a comprar ingredientes para hacer como cinco o seis pizzas más. Llegó con muchos, y esos muchos venían con hambre. Eran seis. Entraron riendo.

—Espero que no molesten —dijo Vannia, radiante.

Mi sonrisa fue más larga todavía y además mis padres pensaron que estaba loco, porque los abracé uno por uno, felicitándolos.

—¡Hijo! —bromeó mi papá, casi juzgando mi incontenida emoción—, ¡ni que hubieran vuelto del infierno!

Aproveché para reírme mucho, y largar, con esa risa, un poco de mi alegría.

Noté que Ahmir, Tito, el cocinero, Rodo, Raúl y Paolo tampoco entendieron mi desenfreno, y me di cuenta de que no recordaban nada de lo que les había pasado en el restaurante. "Mejor", pensé. Y nos sentamos los once a la mesa.

Fue la noche más feliz de mi vida. ¿Qué más podía pedir? Con mis padres, estaba más compañero que nunca; a Pedro le estaba muy agradecido; y Vannia estaba súper cariñosa y tranquila: parecía que le habían sacado una mochila de plomo de encima. Y los empleados del Comedor de las Tinieblas comían, comían, comían... como si por primera vez sintieran el sabor de la comida.

Hablamos de todo y, metido en ese todo, le conté a Vannia que volvía. Ella me miró fijo mientras negaba con la cabeza. Sus ojos se enrojecieron, pero no dijo nada. En eso, Rodo contó que era de Groenlandia.

—¡¿Groenlandia?! —me entusiasmé—. ¿Y alguien sabe a qué país pertenece Groenlandia?

Silencio en la sala. Silencio de mi mamá, silencio de mi papá, silencio de radio. Excepto Pedro (que no lo dijo), Rodo y yo, nadie sabía.

—Al Reino de Dinamarca —dije.

—¿Viste cómo el Comedor de las Tinieblas te hizo aprender muchas cosas? —dijo Pedro en voz alta, así mis padres lo escuchaban y se reconciliaban más con mi viaje. Lo miré, y él me guiñó el ojo.

Creo que en total comimos una torre de pizzas alta como la de Pisa. Igual de inclinada, con toda la muzzarella chorreante. Es que no hay pizza como la que amasan un argentino y un uruguayo juntos: certeza mundial.

15 | El regalo

Lo que me faltaba, admito, era un tiempo a solas con Vannia, por eso bajé a abrirles la puerta cuando se fueron. Para darme tiempo, me ofrecí a comprar el digestivo que Pedro andaba necesitando después de la comilona, porque había dicho que se sentía mal otra vez.

Caminamos dos cuadras todos juntos, hasta que los muchachos se iban para un lado y yo para el otro.

La despedida fue aún más efusiva que la bienvenida. Abrazo y palmadas en la espalda. Estaban vivaces, plenos, rozagantes, livianos, puros.

Se fueron cantando "La Internacional", eso fue muy gracioso.

—¿Me acompañás a la farmacia? —le pregunté cuando ya eran un puntito. Me dijo que sí, que total ellos tenían llave.

—¿Cómo *llave*? ¿Adónde van ellos, ahora?

—Al restaurante. Vivirán ahí hasta que encuentren a sus familias.

Después se detuvo y me agarró de las manos. Me miró y sus ojos, de repente, se le llenaron de lágrimas.

—Ellos volvieron a vivir gracias a ti. Cuando murió Lugh, renacieron. Yo ya los daba por perdidos, Washi. Fue una sorpresa increíble, yo no tenía idea de que eso podía pasar.

—Qué bueno —le dije.

Nos abrazamos en medio de la vereda. Era un lunes a la noche, estaba desierta. El aire era fresco, pero nuestros cuerpos se abrigaban entre sí.

Ella lloró en verde; yo en marrón. Ella lloró porque a Lugh lo había querido, pero con su muerte se le abría el mundo, por fin. Y también lloró por aquel otro, el padre que no tuvo ni estuvo.

Yo lloré porque había tenido que viajar tan lejos, a un país extraño, para conocer más a los padres que tenía. Lloré porque por primera vez sentía que el día no se había hecho para dormir sino para vivirlo. Lloré porque iba a estudiar Química a la Universidad, ¡y tenía tantas ganas! Pero también lloré porque sentía que la abandonaba.

—Voy a buscar a Lili —me dijo Vannia después de nuestro abrazo, secándose la cara.

—¿Qué Lili? ¿La mujer que te cuidaba? Pensé que se había muerto...

—¿Lili muerta? —rio—. ¡Nada que ver! Lugh la echó porque tenía miedo de que hablara. Pero creo que tengo la punta del ovillo para encontrarla.

—¡Qué bueno!

Caminamos abrazados mientras ella me contaba cómo iba a hacer para entrar en contacto con aquella mujer. Cuando llegamos a la farmacia, me esperó a que comprara el digestivo.

—¿Vos también vas a seguir viviendo en el restaurante? —le pregunté cuando salimos.

—Por ahora sí, luego veremos.

—¿Querés que te acompañe ahora?

—Vale.

Nuestros pasos iban juntos. Cuando ella levantaba el derecho, yo también. Y cuando yo levantaba el izquierdo, ella también, al mismo tiempo. Era lindo caminar así, sincronizados. A corazón abierto. A la par.

Cuando llegamos, me pidió que la esperara en la puerta y volvió con una caja.

—Para ti —me dijo.

—¿La abro ahora?

—Si lo deseas...

Nos sentamos en el cordón de la vereda, al costado de la persiana. Desaté la cinta y levanté la tapa de madera. Había mucho algodón. Sacudí la caja, pero no sentí nada. Miré a Vannia como diciendo "¡Qué lindo! ¿Está vacío?". Ella entendió, sonrió y me hizo un gesto para que hurgara adentro, a ver qué había. Entonces me llevé una sorpresa. Éramos nosotros en miniatura, bailando, descalzos. Como en la playa. Yo llevaba las zapatillas de ambos atadas por los cordones y colgadas de los hombros. "Las zapatillas mojadas", me señaló por si no las reconocía. "¿Y esto?", le pregunté. "El caracol", me aclaró: "El caracol que dijo que tenía que vivir mi vida y bailar". "Lo perdimos", me dijo, triste. Me dio una ternura infinita, porque me pareció que de verdad creía que el caracol lo había dicho. Lo giré y me di cuenta de que era un llavero.

—¿Es un llavero?

—Sí. Para que pongas también la llave de mi corazón.

—¿Lo hiciste hoy?

—Lo venía haciendo hacía tiempo...

Vannia bajó la mirada, me pareció que le daba vergüenza algo.

—En realidad no lo he acabado aún... aquí, mira. Faltan los pliegues de mi vestido, y ponerte el cinto aquí en la cintura, y...

—Mejor —la interrumpí—. Lo nuestro no está acabado, Vannia. Recién comienza...

Nos abrazamos de nuevo. Aunque un océano nos separe.

16 | Socorro mutuo

La salida del avión estaba programada para las doce, y antes de las nueve ya estábamos en el aeropuerto.

Por suerte para mí, esta vez los trámites los hicieron mis padres mientras yo me dedicaba a leer revistas de historietas, de parado, en un kiosquito de diarios. A pesar de estar tan entretenido, cada tanto me venían imágenes de Rodo con la cabeza apoyada en una pared del camarín, el cuerpo dormido y los brazos colgando; o volvía a sorprenderme con la manera precisa y matemática que tenían ellos de acomodar los postres en la mesa de la cocina. Si pasaba eso, mi cabeza enseguida buscaba imágenes nuevas: la de las pizzas en casa de Pedro, por ejemplo, o esa escena de los seis cantando "La Internacional" entre risas, mientras se hacían chiquitos, chiquitos, y yo me quedaba solo con Vannia.

Una vez que despachamos las valijas, nos sentamos en un café. Apenas nos trajeron el pedido, llegaron los seis. Eran una especie de grupo de autoayuda. Más que autoayuda, "socorro mutuo", porque se socorrían mutuamente. Nos contaron que esa mañana temprano, la esposa de Paolo se había puesto en contacto con él, que no se llamaba Paolo sino Mario, y esa misma tarde iría a buscarlo. Se había enterado por los diarios. Es que el último acto de El Comedor de las Tinieblas había sido tan

impresionante que el domingo había estado en primera plana. El diario decía que Lugh se había desmayado en escena (y murió después, en su cama, según nos había contado Vannia).

Para los que estuvieron más tiempo "recluidos", sin embargo, les sería más difícil restablecer contacto con sus familiares, pero iban a luchar todos juntos hasta que el último de los seis volviera a encauzar su vida.

A mí todo eso me parecía muy emocionante, pero yo quería saber dónde estaba Vannia, porque se suponía que Pedro había pasado a buscar a todos por el restaurante. A mi padre, en cambio, le importaba saber dónde estaba Pedro. Fue él quien les preguntó.

—Pedro se fue con Vannia —dijo Raúl.

—Sí, salieron antes que nosotros —agregó Ahmir.

—Pensamos que venían directo para aquí... —remató el cocinero.

Mis padres se preocuparon y empezaron a buscar con la mirada un locutorio o algo para llamarlo, cuando los vimos acercarse, agitados.

—¡Creí que ya no llegábamos! —resopló Vannia.

—No, fue mi culpa... es que tomamos un tren equivocado y nos perdimos. Me pareció buena idea que los muchachos practicaran viajar solos... ¡y veo que lo hicieron mejor que nosotros!

Pedro rio con una risita desconocida.

—Bueno, ¡lo importante es que estamos todos! —sonrió mi madre, conciliadora—. ¿Quieren tomar algo?

Nos quedaban diez o quince minutos antes del llamado para embarcar, así que, si nos apurábamos, teníamos tiempo para otra ronda de café.

Mi papá le preguntó a Pedro qué aventura tenía por delante, y él dijo que iba a empezar una investigación con felinos. Sería un trabajo de años, aclaró, pero estaba muy ansioso. De todas formas prometió no descuidar a Vannia en ningún momento. Mis padres lo felicitaron, no supe si por el trabajo o por su actitud tan caballerosa.

—¿Y vos, Vannia? —preguntó mi mamá—. ¿Cuáles son tus proyectos?

Vannia contó que una vez que los muchachos se ubicaran, tenía pensado vender el restaurante y comprarse una casita en algún pueblo bien turístico, para poder dedicarse a las artesanías, empezando por sus llaveros. También la felicitaron. Mi papá le dio la idea de que, más adelante, podría exportar sus artesanías a Uruguay o incluso a la Argentina.

Yo no comenté nada de su regalo llavero, pero miré a Vannia buscando complicidad. Ella me miró, también, y sus ojos verdes estaban llenos de esperanza.

Cuando los diez minutos pasaron y solo quedaba espuma en el fondo de las tazas, tuvimos que despedirnos.

Nos levantamos y nos abrazamos, uno por uno. "¿Te sentís mejor?", le pregunté a Pedro, por lo de la indigestión de la noche anterior, pero ahora era yo, en realidad, el que no se estaba sintiendo bien. Era un frío lo que sentía, que se hizo intenso en ese abrazo pero se diluyó cuando abracé a Vannia. Era tan suave y tan blanda, y a la vez tan valiente, tan mujer. Aproveché que estábamos unos metros alejados de los demás y le di un último beso de despedida.

—Podés contar conmigo aunque esté lejos —le dije, y le di un papelito que había escrito esa mañana, con una receta de amor. Ella me sonrió, triste, y se lo guardó en la cartera.

—Te echaré de menos —me susurró.

—Y yo voy a empezar a ahorrar para volver.

Mis padres me tocaron el hombro. Era la hora. Subimos por una escalera mecánica. Giré para regalarle a Vannia una última mirada pero no pude, no llegué a verla. Porque antes hubo algo en Pedro que me detuvo. La escalera subía y yo seguía mirando a Pedro, lleno de espanto. A los ojos, lo miraba. Es que los ojos de Pedro se volvieron completamente celestes, y yo no podía bajar, ni gritar, ni salir corriendo. Vi cómo sus pupilas se deformaban. Yo ya estaba de un lado, y él estaba del otro. Vi que sus ojos eran celestes, completamente celestes, y una raya vertical dividía en dos cada esfera, como los ojos de un gato.

Actividades

Actividades para comprender la lectura

1. Antes de comenzar la lectura, conversen a partir de las siguientes preguntas:

a. ¿Qué novelas de terror conocen?
b. ¿Qué películas de este género vieron?
c. ¿Quiénes eran los personajes?
d. ¿Dónde transcurría la historia?
e. ¿Qué elementos producían miedo?

2. Relean el capítulo 1 y respondan:

a. ¿En qué tiempo y espacio transcurre la novela?
b. ¿Qué información tiene el lector sobre el protagonista?

3. Relean los capítulos 1 a 4, y armen una lista con las acciones principales o núcleo y otra con las acciones secundarias. Pueden revisar los conceptos de acciones principales y secundarias en la presentación, sección "La novela".

4. Unan en pares los personajes con algún elemento significativo para ellos en la historia (tengan en cuenta que hay más de una opción posible). Luego, expliquen por qué los unieron así.

- ☐ Ahmir
- ☐ El padre
- ☐ La madre
- ☐ Lugh
- ☐ Mario
- ☐ Pedro
- ☐ Raúl
- ☐ Rodo
- ☐ Tito
- ☐ Vannia
- ☐ Washington

- ☐ llavero
- ☐ llave
- ☐ botella de enjuague bucal
- ☐ copa de cristal y filigranas
- ☐ sombrero de cowboy
- ☐ reggaetón
- ☐ zombi
- ☐ platos
- ☐ mirada perdida
- ☐ muerto vivo
- ☐ infierno

5. Las novelas tienen recursos para generar interés desde las primeras líneas y evitar que los lectores abandonen la lectura. ¿Qué recursos aparecen en esta novela? Den ejemplos en cada caso.

a. ¿Se anticipan datos sobre el final de la historia?
b. ¿Se describe el ambiente?
c. ¿Se muestra algún lado curioso de alguno de los personajes?
d. ¿Se alude a hechos que intrigan al lector?

6. ***El Comedor de las Tinieblas*** **está narrada en primera persona: ¿quién es el narrador? ¿Qué ventajas y desventajas tendría el narrador si contara los hechos desde una tercera persona omnisciente?**

7. ¿Cómo es el ritmo del relato? Señalen un pasaje en el que los hechos tengan una duración real y otro en el que se interrumpa el relato de los hechos principales para describir o hacer un comentario. Pueden revisar los recursos que dan ritmo al relato en la presentación, sección "La novela".

8. Solo para memoriosos. Indiquen si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F). Justifiquen sus respuestas.

☐ **a.** El padre del protagonista es traumatólogo.
☐ **b.** Pedro trabaja para Greenpeace.
☐ **c.** La copa de los rituales tiene filigranas de plata.
☐ **d.** Washington es un gran conocedor de libros y películas de terror.
☐ **e.** En la primera actuación Vannia y Washington son los esbirros del Gran Brujo.
☐ **f.** Detrás del despacho de Lugh hay un invernadero.
☐ **g.** Las puertas del comedor se abren a la medianoche con el sonido de un trueno.
☐ **h.** Rodo y Washington son muy buenos maquilladores.
☐ **i.** Ahmir es de Marruecos, Raúl es de Bolivia y Tito, de Perú.
☐ **j.** La madre es alérgica al ananá.
☐ **k.** Washington descubre que el veneno que les dan a los zombis se saca del pez globo.

Actividades de producción de escritura

9. Reescriban el capítulo 1 de *El Comedor de las Tinieblas* con un narrador en tercera persona. ¿El resultado es un comienzo atractivo? Agreguen recursos y comentarios para que resulte más interesante.

10. Escriban los hechos del capítulo 8 desde la perspectiva de uno de los siguientes personajes:

- Vannia.
- Mario, el cliente que bebió el contenido de la copa.
- La esposa de Mario.

11. El último acto de El Comedor de las Tinieblas fue tan impresionante que el domingo salió en el diario. Escriban esta noticia periodística; recuerden agregarle elementos paratextuales.

12. Imaginen que Vannia tiene un diario íntimo. ¿Qué escribiría en él? ¿Qué diría sobre Washington? ¿Y sobre Lugh? Escriban ese diario en fechas particulares, por ejemplo, cuando conoce a Washington, cuando van a tomar un helado, cuando lo salva de beber el contenido de la copa, cuando no se atreve a oponerse a Lugh.

13. Imaginen y escriban un intercambio de correos electrónicos entre Vannia y Washington luego del regreso del protagonista a Uruguay.

14. Imaginen que El Comedor de las Tinieblas es un restaurante recomendado en una guía turística de Cataluña. Armen la presentación de este restaurante temático en esa guía; recuerden incluir la descripción del lugar y de los shows.

15. ¿Cómo imaginan la carta de El Comedor de las Tinieblas? Elaboren un menú completo (entrada, plato principal y postre) para cada cena acorde con el espectáculo ofrecido.

16. En la primera línea, Washington dice que es "más uruguayo que un chivito". El chivito es un plato típico de Uruguay, creado por Antonio Carbonaro en 1944 para complacer a una señora argentina que quería comer algo rápido en su bar. Si bien hoy tiene más ingredientes, ese primer chivito consistió en una roseta de pan caliente, una feta de jamón y un churrasquito de lomo. Elijan un plato típico de Argentina, averigüen cómo surgió y escriban un artículo sobre su origen y evolución.

17. Imaginen cómo serán los siguientes lugares a partir de sus nombres.

a. Escriban una breve descripción de cada uno.

- Abismo de la Perdición
- Camino de las Sombras
- Cuesta del Infierno
- Monte del Ahorcado
- Pampa del Averno
- Pantano de las Almas en Pena
- Río de Espíritus

b. Luego, elijan uno y escriban una historia que transcurra en ese sitio.

18. Elijan un personaje de un libro o película de terror y escriban su retrato. Luego, armen en un mural una galería de personajes terroríficos. Pueden acompañar los retratos con ilustraciones o imágenes logradas a través del collage.

19. Seleccionen uno de los siguientes personajes y escriban un cuento de terror en el que sea protagonista.

- Un hombre lobo.
- Un vampiro o una vampiresa.
- Un zombi.

- Una momia.
- Un espectro.

Antes de escribirlo, investiguen y revisen las creencias populares acerca de cada uno (cómo se ven, qué pueden o no pueden hacer, etc.).

20. Elijan una de las siguientes situaciones y escriban un microcuento (un cuento hiperbreve):

- Un fantasma se encuentra a medianoche con un hombre que regresa de una fiesta de disfraces vestido de Parca.
- Un espectro reta a duelo a un fantasma.
- Un esqueleto quiere inscribirse en un concurso de belleza.

21. Sigan los siguientes pasos y escriban una novela de terror de manera colectiva.

a. Determinen dónde y cuándo transcurrirá la historia.

b. Señalen cuántos personajes tendrá y cómo se llamarán. Caractericen a estos personajes física y psicológicamente.

c. Elijan un tipo de narrador, ¿narrarán en primera persona o en tercera? ¿Qué vínculo tendrá el narrador con los personajes?

d. Decidan si contarán los sucesos en orden cronológico, si anticiparán hechos que se contarán en detalle más adelante o si irán hacia atrás y contarán el pasado de algún personaje.

e. Aunque esto tal vez luego deban modificarlo, establezcan una cantidad de capítulos acorde a la estructura que deseen darle a la novela.

f. Divídanse en grupos de cuatro integrantes y asignen a cada equipo un número. Para escribir seguirán el orden de los números. Cada grupo deberá leer lo que hayan escrito los anteriores para poder continuar la historia.

Escribir una novela no es sencillo, y de manera colectiva mucho menos. Recuerden que todo trabajo en equipo requiere paciencia y buena predisposición.

Actividades de relación con otras disciplinas

Ciencias Naturales

22. Los gatos son felinos, animales que pertenecen a la familia zoológica de los Félidos. Investiguen qué características tienen y qué especies incluyen. Preparen una infografía.

23. Washington descubre que el pez globo contiene un veneno. Investiguen sobre estos peces (hábitat, especies, alimentación) y sobre la sustancia tóxica. Elaboren un artículo de divulgación científica.

Ciencias Sociales

24. En el capítulo 8, para armar el show, Lugh se basa en una tradición celta. Investiguen sobre este grupo de pueblos y resuelvan las siguientes consignas:

a. ¿Dónde y cuándo vivieron? Ubiquen en un mapa los territorios que ocuparon.

b. En grupos, busquen mitos de esta cultura y organicen un encuentro para compartirlos.

c. Uno de los rituales celebrados por los celtas era la Noche de Difuntos. Investiguen cuándo se llevaba a cabo y en qué consistía. ¿A qué festejo celebrado en los países del hemisferio norte se parece?

25. En la Edad Moderna, las potencias europeas tuvieron esclavos en sus metrópolis así como también en sus colonias. Armen una línea de tiempo señalando la fecha de abolición de la esclavitud en España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina, Chile, Colombia, Haití y Brasil.

Otras artes (Cine, Literatura)

26. **Washington vio varias películas de terror: *Martes 13, Carrie, El exorcista, El orfanato* y *Sé lo que hicieron el verano pasado* 1, 2 y 3. ¿Las conocen?**

a. Elijan una para mirar y luego elaboren una reseña crítica.

b. Hagan una encuesta (agregando a la anterior lista otros títulos que crean apropiados) para saber las preferencias de sus compañeros, y con los resultados elaboren un ranking de las mejores películas de terror.

27. **Lean el cuento "La muerte de Halpin Frayser" de Ambrose Bierce (1842-1913) y luego respondan:**

a. ¿Qué elementos tienen en común el escenario de este relato con los preparados por Lugh en sus espectáculos? Tengan en cuenta la descripción del sueño.

b. ¿Hay algún acontecimiento del relato que pueda relacionarse con la temática de *El Comedor de las Tinieblas*? Justifiquen su respuesta.

ÍNDICE

La autora y la obra 3

El Comedor de las Tinieblas 9

1| No la busqué y la vi 11
2| La busqué y no la vi 13
3| La vi 17
4| Primera noche 23
5| Segunda noche 31
6| Tercera noche 39
7| La luna 49
8| La copa 63
9| Nuevo aviso 69
10| El Infierno 73
11| Tensa calma 79
12| Superhéroe 83
13| El baile 93
14| Bien de familia 103
15| El regalo 109
16| Socorro mutuo 113

Actividades 117

Primera edición.
Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2014,
en Servicio Industrial Gráfico S.R.L.,
Mansilla 649, Lomas del Mirador,
provincia de Buenos Aires,
Argentina.